CROMOS.

Septiembre 2 de 1922
Número 321.
Valor, 15 centavos.



RETRATO

(Oleo que figura en la Exposición de arte francés, por G. L. Jaulmes).

Dirección y Administración:
Calle 10, Nos. 186 y 186-A
Apartado de correos 442
Dirección telegráfica:
CROMOS
Teléfono número 312

Cromos

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

Precio del ejemplar, $ 0.15

Suscripciones:
Un trimestre. . . . . $ 1.80
Un semestre. 3.50
Un año. 6.50
EXTERIOR
Un año. . . . . $ 7.00
oro americano.

Número 321 — Bogotá (Colombia), septiembre 2 de 1922 — Volumen XIV

IMPRESIONES FUGACES

En la Costa Azur.

Bajo la plateada claridad de una otoñal mañana, tomo el tranvía de vapor que desde Niza va a Montecarlo, el estado diminuto de Europa, donde el placer y el vicio tienen su trono.

En el mismo departamento de primera van otros viajeros. *Niní*, señorita francesa, veinte años, bonitilla, pequeña, rubia, de labios maquillados, los brazos al aire, con una faldita demasiado corta que le infunde cierto aire infantil. A un lado se sienta un mozo vestido con elegancia, de gentil apostura y aire desenvuelto.

Enfrente de esta pareja tomo asiento, y con pena los admiro recordando la juventud que pasa.

Huele el aire a mar, a pinos, a flores; huele a vida.

A poco de partir el tranvía de la plaza Masena, los labios de la linda francesita no pueden permanecer más tiempo cerrados, y una trivial conversación comienza entre la pareja que en frente de mi ocupan los mullidos asientos del departamento.

Yo, rememorando viejas añoranzas y fantaseando por el país de los ensueños, cierro los ojos y escucho, no sin envidia.

El es el conde de Fiame, descendiente de noble familia romana, y sus ojos fijos en los de la bella francesita, no se apartan de ella mientras hablan.

—¿Viene usted a Niza por primera vez? pregunta el conde a Niní.

—Sí, señor.

¿Sola?

—Sola.

El conde.—¡Cuánto celebro servirla de *cicerone* en esta ocasión! Porque usted siempre, aun sin querer, unirá mi recuerdo a las impresiones del viaje.

Niní.—Usted viene mucho a Montecarlo?

El conde.—Todos los años.

Niní.—¿Le gusta jugar?

El conde.—Hasta hoy, hasta el momento de verla, mi pasión única fue el juego. Hoy, de aquí en adelante, no sé....

Niní.—Yo no he jugado nunca y me gustaría aprender.

El conde.—Aprenderá usted en seguida, y en cuanto gane los 100 primeros francos, ya será usted esclava para siempre como lo soy yo del divino demonio de los ojos de oro. ¡Usted no se imagina los siervos que tiene este Moloch moderno!.... Ahora, cuando nos limpiemos del polvo del viaje, visitaremos el Casino; sorprende por su amplitud, por su fausto, por sus artísticas riquezas. Hay restaurante, espléndidos salones de baile, un hermoso teatro por el que todos los años pasan los más famosos actores

mundiales. Hay pinturas de Doré y Hodebert. Hay, asimismo, y ellas son las fauces devoradoras de Montecarlo, veintiocho ruletas, siete mesas de *treinta y cuarenta*, otras tantas de *bacará*, sobre las que ruedan, desde fines de diciembre a marzo, cerca de ochenta millones de francos. El número de *grupiers*, porteros, policías, etc., asciende a dos mil....

Niní.—¿Usted ha ganado alguna vez?

El conde.—Muchas; y también he perdido. Recuerdo que mi último *luis* se lo llevó el año pasado un *impar*.

Niní.—¿Y quedó usted sin dinero?

El conde.—Sin un céntimo, ni aun para pagar un vaso de agua. El Casino me tuvo que repatriar. Es lo que hace con los perdidosos. Al Casino no le conviene que en Monte Carlo se queden jugadores sin dinero. Y éstos vuelven, en cuanto reponen su bolsa, pues no existe atracción más terrible que la del juego. Llega un momento en que el bebedor se queda dormido; hay un instante en que los brazos del amante permanecen inertes. Pero jugar es tener siempre sed. De todos los jugadores los más trágicos son los que juegan para comer. Estos, provistos de lápiz y cuaderno, apuntan combinaciones que nunca salen y permanecen diez y ocho o veinte horas seguidas contra las mesas donde el azar piruetea, sin acordarse de comer ni de dormir.

Niní.—¿No suele haber disputas entre los jugadores?

El conde.—A veces dos se adelantan a recoger la misma postura: necesariamente uno de ellos quiere hacer trampa; el Casino resuelve la cuestión pagando a ambos y despidiéndolos.

Niní.—¿Y habrá suicidios?

El conde.—Algunos, pero no tantos como se dice. Un par de ellos por temporada. Pero casi nadie se entera; cuando algún dimisionario de la vida se elimina, en seguida los criados hacen desaparecer el cadáver sin ostentación.

Niní.—¿Usted no pensará suicidarse?

El conde.—No, y menos ahora que la conozco. Quiero descubrirle a usted los secretos de este paraíso, donde todo es propicio al amor. El juego, el lujo, la hermosura de las mujeres, nos llenan el espíritu de dulce aturdimiento. Aquí nos acongoja el deseo de amar.

El tren-tranvía, después de pasar raudo por los macizos rocosos que ocultan la bahía de Villafranca, toma una ruta paralela a la plaza, baja, sube, sigue todos sus caprichos; a la izquierda, entre la fronda, se ven las vi-

las de Beaulieu, y poco después, ante los ojos del viajero, aparece la minúscula ciudad de Mónaco, edificada sobre una península, suspendida a gran altura, tal que un celaje blanco, entre los esplendores del cielo y el mar latino. Todo respira vida, amor, alegría; el alma se siente alejada de las tristezas de la tierra. Escucho las últimas frases de mis compañeros de viaje.

Niní ríe feliz, el conde le pregunta si está contenta. Ella, mirándole con ardientes ojos, contesta que mucho. La hora y media que tardó el tranvía en hacer el recorrido desde Niza a Mónaco, ha bastado para que dos corazones se acercaran. (Bajo estos panoramas y este ambiente no hace falta más tiempo).

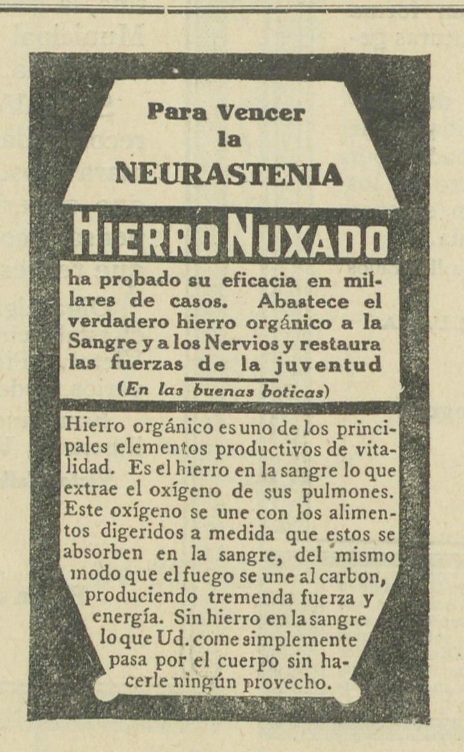
El conde.—¡Conociéndola a usted he tenido un *pleno!*

Niní.—¿Regresaremos a Niza para comer?

El conde.—No, comeremos y dormiremos aquí.

Niní.—¡Aquí!

El conde.—Sí, es indispensable que mañana admiremos juntos la salida del sol, desde la terraza del Casino, después de haber probado su suerte en la ruleta.



El tranvía acaba de detenerse, estamos en Monte Carlo. La joven pareja, cogidos del brazo, bajan del coche y por entre macizos de flores van a sentarse en la terraza del Café París. Frente a ellos la gran cúpula verde del Casino parece un símbolo. Yo los miro y mentalmente me despido de ellos y pienso que una gota de miel va a endulzar por un instante la vida solitaria y errabunda de la linda francesita de labios maquillados y gentil figulina.

L. March.

Lo feo y lo horrible.

La actual exposición de arte pictórico francés que estos días se está celebrando en el Pabellón de Bellas Artes del Parque del Centenario, ha producido grandes y sabrosos comentarios entre los amantes de las bellas artes, ante las diversas manifestaciones de la pintura moderna que allí se exponen.

No es de extrañar lo que entre nosotros, con motivo de esta exposición, está sucediendo, pues en estos mismos días, cosa análoga está ocurriendo en Nueva York, donde se acaba de abrir un gran salón en el que aparte de magistrales obras de Ganguin, Van-Golds, T. Lautrec y otros, figuran cuadros de pintores desconocidos que comienzan su carrera bajo la sugestión y entusiasmo de las actuales inquietudes estéticas.

Estas obras han producido entre los doctores del arte la mayor indignación.

Indignación de la que no se han salvado, al parecer, ni los que la fama lleva en su broncínea trompeta, y para los cuales desgraciadamente ya han casi empezado a florecer laureles académicos.

Esto muestra que la fuerza de las modernas corrientes del arte es aún una potencia que no se embota ante la sensibilidad oficial o semioficial, y que aún abre brecha en las filas enemigas. Sólo el que tiene enemigos es fuerte. Cuando todos están conformes con la conducta de uno, es llegado el momento de cambiarla, porque a buen seguro que en nuestra obra comienza a triunfar lo que no está de acuerdo con nosotros mismos, que lentamente, caldeado por el medio ambiente, se ha abierto paso a través de todos nuestros honestos designios. Este triunfo es una derrota y una renunciación. Que en la obra haya siempre algo que haga exclamar a los demás: «Este no es de los nuestros». Mientras no se es de los otros, se es de sí mismo: suprema aspiración del que hace arte, lo que demuestra a la par que la potencia creadora no ha sido agotada, disuelta. Proceder de otra manera es ser un plagiario, aunque sea de sí propio. Y todo esto, no por necio afán de notoriedad, demasiada trivial preocupación que tampoco se consigue de esta guisa, sino por la necesidad de decir cosas nuevas y distintas para enriquecer la sensibilidad e inteligencia humana, aunque este enriquecimiento *a posteriori* no se presenta con tal carácter de utilidad y el que labore viva atento a su producción inmediata, sin importarle sus ulteriores consecuencias.

Las réplicas puestas a tales obras son las de siempre: muy pobre de inventiva; que si esta cara no es cara; que si este río es indescifrable; que si no hay caballos azules.... Y, por último, lo único que podría tener visos de razón: que aquello es feo.

El arte, decia Oscar Wilde, por mejor decir el artista, no se propone demostrar nada, aunque hasta la Verded se puede demostrar. Una obra de arte es bella, o no es nada. Pero lo horrible y lo feo pueden ser objeto de arte.

Será conveniente no confundir lo horrible que es la sublimación de lo feo y que puede detener nuestra atención y plasmar en una «bella obra». Todo lo que al exaltarse se desborda fuera del cauce que teje nuestra mansa vida de burócratas, puede tener el gesto que lo perpetúe, satánico o divino, que lo diferencie y lo haga único.

Lo feo, es como lo bonito, lo que no tiene carácter suficiente para ser ni hermoso ni horrible: el manjar de todos los días que no nos preocupa en su tranquila insignificancia. Sólo en las sobresaturaciones se puede dar la cristalización. Otra cosa sería un liquido más o menos salado, más o menos azucarado; pero el arte no es saborcillo de cocina, sino los bellos cristales contra los que la luz quiebra su monótona blancura.

Aunque parece estar en boga, no estoy conforme con la estética del *feísmo;* es demasiado puro; si fuera la del *horribilismo....*

Aquel buen artesano de Luis XIV que se le disputaba como el más espantoso de los franceses, era un mentecato indigno de su máxima fealdad, como lo demostró cuando se alborozó de haber encontrado otro que le aventajara.

Yo no sé si los cuadros de la exposición francesa son horribles o feos. Por eso no los alabo más que «*sub conditione*», pues hay que caminar con mucho tiento porque lo horrible es mucho más dificil, en ocasiones, que lo hermoso.

L. M.

Los sastres tienen un gran valor representativo en la sociedad. Por ellos muchos imbéciles parecen personas de talento.

La amabilidad extremada.

Más de un cuarto de hora hacía
que impaciente con razón
hallábame el otro día
en espera de un tranvía
en la Plaza de Bolívar.
Recurrí al procedimiento
natural en tal momento,
de fumar, y sólo hallé
una cerilla que fue
apagada por el viento.
En la Catedral vi un señor
de aspecto amable y sencillo,
y le dije sin temor,
enseñándole el pitillo:
—Usted me haría el favor. . . .
Se me acercó el caballero
cortésmente (soy certero
siempre que a alguien me dirijo)
y en tono de hombre sincero:
—Con mil amores—me dijo.
Presuroso y deferente
me decía sonriente
palpándose con afán
los bolsillos del gabán:
—Tengo un mechero excelente.
Pero en esta incertidumbre
mientras buscaba esa joya
con qué poder darme lumbre,
asomó el carro de Paiva
más veloz que de costumbre.
Y como no parecía
su mechero, y yo tenía
que marchar: —No se moleste
—le dije— espero el tranvía,
y quisiera tomar éste.
Saludé atento, y, sin más,
pasó el tranvía y subí;
pero con asombro vi
que el hombre corrió detrás
diciéndome: —Ya esta aquí.
Fue en verdad cosa bizarra
ver a tan buen caballero
muy decidido y ligero
correr, cogido a la barra
ofreciéndome el mechero.
—No siga usted, por favor
o haga si no la merced
de subir —dije al señor—
Y él, con terquedad mayor
repetía: —Encienda usted.
Como era hasta un desparpajo
consentir aquel trabajo
en que al buen señor veía,
quise bajar del tranvía
y él me impidió echarme abajo.
¡Válgame Dios, qué incidente!
Con la más tierna sonrisa
me dijo:—No se impaciente,
por esta calle en pendiente
no va el carro muy aprisa.
Mostrábase tan ufano
que, en vista de su figura,
tomé el mechero en mi mano
¡y estábamos ya a la altura
de la calle veinticuatro!
Siempre agarrado al tranvía
daba zancadas sin freno,
y el mechero ¡madre mía!
no resultaba tan bueno
como su dueño creía.
Fingí dar una chupada
y le alargué agradecido
su mechero; pero ¡nada!
me dirigió una mirada
y exclamó:—No está encendido.
La Providencia, clemente,
quiso que en aquel instante
se cortara la corriente.
Encendí tranquilamente
y dije a mi *acompañante;*
—¡Cuánto lamento haber sido
la causa de este mal rato!
Y él respondió muy cumplido:
—Es para mí lo más grato
servir a un desconocido.
Se fue y hablando entre dientes,
le oí estas frases dolientes:
—Ese es mi supremo goce
¡que las personas decentes
son las que uno no conoce!

L. M.

CROMOS.

Editorial de Cromos — REVISTA SEMANAL ILUSTRADA — Director, Luis Tamayo

NUMERO 321 — BOGOTA, SEPTIEMBRE 2 DE 1922 — VOLUMEN XIV

Introducción a la leyenda de oro [1].

I

Refiere Diógenes Laercio que, Epicuro, el sereno enemigo de los dioses en la Grecia decadente, era asiduo visitante de los templos. Yo, como Epicuro, tengo esa piadosa costumbre, y, recordando también que el divino místico Pietro Vannucci, llamado *el Perusino*, no creía en Dios ni en el alma, y no lo negaba, y murió impenitente, y que el siglo de aquel ilustre pagano que se llamó León X, siglo que inspiró las *Stanze* y la Sixtina, era incrédulo, y los artistas que trabajaban en las iglesias y en los claustros no eran ni devotos ni castos, no hay ciudad, ni aldea cuyos templos o iglesita de espadaña no me sientan en irresistible curiosidad de conocerlos y de santiguarme, en sus piscinas, con sus aguas benditas (2).

A los coloniales templos de la ciudad de Buga, mi tierra natal, con sus apolillados cuadros de Angelino Medoro, pintor romano, sus altares dorados, sus custodias cuajadas de pedrería, sus ornamentos y sus platas labradas, debo la primera sensación de belleza y de piedad, y a los de Popayán y Bogotá, ricos en suntuosos artesonados y artísticas obras de talla, mi amor de las cosas sagradas. Y es porque experimento una rara emoción, que me huelgo en saborear y multiplicar, al penetrar solo en estos solitarios refugios de los espíritus selectos y apasionados; al ponerme delante de esos cuadros fascinadores, de anchísimos y pesados marcos con guirnaldas de ángeles, lienzos enriquecidos con la pátina de los tiempos, que representan, en fondos celestes, ermitaños de venerables barbas, torturados y medio desnudos, que estrechan, en sus escuálidas manos, las Sagradas Escrituras, y a quienes acompaña, en su perpetua soledad, un león de indómita cabellera, o la trompeta del juicio final:

Dies irae, dies illa,
Solvet saeclum in favilla. . . .

Lienzos que hacen desfilar a los patriarcas de la Antigua Ley en medio de rebaños y gavillas; o a la Samaritana, con el cántaro al brazo, que se dirige al antiguo pozo; o a los israelitas, de regreso de la tierra de Canaán, que traen a cuestas, como muestra de su milagrosa fertilidad, enormes y lozanos racimos, purpurados por la tarde.

* * *

Los templos convidan a soñar en cosas terribles y deleitosas, a la vez. Cerca de las tinieblas y de las fulgurantes llamaradas de los infiernos, de las horribles muecas de los demonios empedernidos, aparece, en un muro bañado por la luz matinal, un huerto fresquísimo, con diáfanos arroyos de agua, y la casta Susana, desceñida la túnica, y tan blanca y tan tímida como los corderos pascuales.

Los templos me recuerdan lecturas que han dejado honda huella en mi espíritu; me reviven los primores de esos empolvados libros, de finas hojas de vitela y caracteres góticos, iluminados, letra a letra, por algún sabio benedictino que empleó la vida entera en el trasunto de un solo códice, con estampas magníficas y letras unciales, y que contienen, bajo un fuerte y reluciente forro de dorado pergamino, ya los libros amorosos de la Biblia: los *Cantares*, las historias de Ruth y Noemi, de Susana, de Judá, de Thamar, de Judith, de Ammón, de la violencia hecha a la mujer del levita en Gabaón; ora los *Cuentos devotos*, escritos en latín, en los siglos XIII y XIV, por Fray Hugo Farcy, monje de San Juan de las Viñas, y vertidos al francés con el nombre de *Milagros de Nuestra Señora*, por Gautier de Coinsi, monje de San Medardo de Soissons, en cuyas páginas, ora se sobrecoge de espanto el espíritu ante los episodios de *Barlaám* y *Josaphat* y *La Matrona de Efeso*, ora se regocija saboreando las voluptuosas o risueñas escenas de *El Prevoste de Aquilea*, *San Pedro y la cabra* y *El pastor de Hermás* —graciosa alianza del genio griego y de la inspiración oriental— en donde sorprendió Dante la angelical figura de su *Comedia divina;* o bien las *Vidas de los Santos Padres de los desiertos*, VITAS PATRUM, escritas por antiguos autores griegos y latinos, secreto de la elocuencia de San Juan Crisóstomo, y recreo y deleite de Ignacio de Loyola, de los solitarios laicos de Port-Royal y de Ernesto Renán; o la *Leyenda Dorada* del bienaventurado Santiago de Vorágine; o *El prado espiritual* o *Nuevo paraíso* del abad Juan Mosco, del cual dijo un santo al imprimir la traducción latina: «Este libro está lleno de tántas flores espirituales que parece haber nacido en las delicias del paraíso»; o la *Escala santa para subir al cielo*, compuesta por San Juan Clímaco, del monasterio del Monte Sinaí, «padre de la iglesia griega, igual a los ángeles, padre de los padres, doctor eminente entre los doctores»; o las *Homilías* de San Basilio Magno, en que habla del *Método que debemos seguir para leer los libros de los gentiles;* o las de San Juan, el de la boca de oro, cuando dirigiéndose a la malvada emperatriz Eudoxia, empieza así: «Una vez más Herodíades delira, una vez más sueña ver la cabeza de Juan en un plato»; o la *Introducción a la vida devota* de Francisco de Sales, en la cual el santo obispo nos dejó sobre el amor conyugal una tesis singular, al decirnos que, siendo el matrimonio un estado de suyo penoso, duro, cargado de deberes, un purgatorio, en fin, el Eterno, en su bondad infinita, le agregó una dulzura particular de la cual se puede gozar con toda tranquilidad de conciencia, puesto que es la compensación de una servidumbre, por lo demás, amarga; o la *Imitación de Jesucristo* o *Consolaciones interiores* o *Libro de Vida,* como se le llama en los más antiguos manuscritos, «el más bello libro que haya salido de la mano de los hombres», según Fontenelle, y «celeste en su simplicidad», según Lamennais, escrito en rústico latín por Tomás Kempis, o por el benedictino abate de Verceil, o por el apacible solitario que, sentado en su silla de encina, feliz con su propio pensamiento, mirando a través de las rejas de su ventana las campiñas sembradas de risueños árboles, a la manera del Perusino, y, en las lejanías, las cimas de los Alpes coronadas de nieve, escribiera esas páginas llenas de suavidad y

---

(1) Segunda edición, ampliamente revisada y mejorada, en prensa en París. Nilsson, 7, rue de Lille.

(2) Paul Bourget, en un precioso libro, trata de explicarnos la incredulidad —prodigiosa para la época— del Perusino. Según él, el suplicio de Savonarola, en 1498, ordenado por el papa—y qué papa! Alejandro Borgia—destruyó en el pintor, que entonces vivía en Florencia, la base misma de su sentimiento cristiano. La ironía trágica y sacrílega de este apóstol, casi un santo, condenado por tal juez, y en el nombre de Dios, fue una terrible prueba para la conciencia de todo el fin del siglo XV. No existía, pues, tal cielo, ya que esa monstruosidad había sido posible! No existía tal Padre celestial y el Cristo había muerto inútilmente!.... A qué, pues, esperar otra vida? Sólo son reales los placeres de la carne, y con este pensamiento envejeció el Perusino, que antes había representado la pureza de las Vírgenes y las éxtasis de los santos. (*Sensations d'Italie*. París, 1891).

de ingenuo abandono, en las cuales se siente, al decir de Michelet, una madurez pujante, un dulce y rico sabor de otoño sin las acritudes de la pasión juvenil, una perfección llegada a punto después de haber amado muchas veces, desamado y vuelto a amar de nuevo; o bien las *Confesiones* de San Agustín, de gracia inefable, principalmente en aquellas primeras páginas en que nos habla de sus locuras juveniles y de su pasión por los autores gentílicos; o las *Moradas* de la incomparable doctora de Avila; o *Los Cantares* del maestro Luis de León; o los *Pastores de Belén* de Lope de Vega Carpio, prosas y versos de adorable belleza y perfección, con su dulcísima canción a la Zagala divina. Y también la *Vida de Dom Armand-Jean Le Bouthellier de Rancé*, libro predilecto de Barrés, lleno de melancolía religiosa, escrito por Chateaubriand en su ancianidad y que fue su canto del cisne o *la voz de ese pájaro sin nombre que consuela al viajero en el Valle de Cachemir;* y los *Monjes de Occidente* y la *Historia de Santa Isabel de Hungría*, con los que el conde de Montalembert hechizó las almas piadosas en pleno siglo de las luces.



Antigua ermita de Buga, célebre por su Cristo milagroso.

* * *

Todo en estos libros es admirable y fascinador: la rusticidad de las imágenes, la inefable sencillez del relato, la ingeniosa invención, la celeste ingenuidad, la deslumbradora elocuencia. Su prosa es transparente como el mar en una tibia y serena tarde de verano, cuando los ojos pueden penetrar en las profundidades donde viven las ciudades desaparecidas con sus esplendores olvidados. A veces, esa prosa es tan mágica, tan misteriosa, como el cielo cuando el crepúsculo lo cubre, y entonces sus grandes pensamientos aparecen puros y dorados como estrellas; a veces, esos mismos pensamientos se escuchan como los acentos graves y majestuosos de un órgano. Uno cree pasearse bajo las bóvedas de una basílica cuyos rosetones irradian los rayos del sol.

Los protestantes condenaron la lectura de los filósofos paganos. En cambio, los Padres de la Iglesia los estudiaron y escoliaron, y los monasterios del Oriente se consagraron a las letras: testigos San Basilio, San Crisóstomo, San Jerónimo, Rufino, Casiano, Marco, el Solitario, y San Nilo. En los monasterios de Lerins y de San Colomban, en la Abadía del Monte Cassino, los monjes conservaron los tesoros de la antigüedad, y, en la tranquilidad de sus sedes tiburtinas, leían los autores paganos con las Sagradas Escrituras. *El silencio*, escribía un gran solitario, *es la plática de los dioses, el lenguaje de los sabios, la elocuencia del cielo, el arte de persuadir a Dios, el ornamento de los recintos sagrados, el sueño de los santos que velan, el más sólido alimento de la inteligencia, el lecho de las virtudes, la paz y la gracia.*

El mismo anticristiano Gibbon, quien con rasgos tan vivos nos traza el espantoso cuadro de la vida monástica en el siglo cuarto, les hace justicia, sin embargo, a aquellos cenobiarcas del Egipto, cuando dice, en el capítulo XXXVII de su monumental obra: «El afán, o la religiosidad de algunos de aquellos solitarios estudiosos, cultivó las ciencias eclesiásticas y aun las profanas, y la posteridad tiene que reconocer agradecida que los monumentos de la literatura griega y latina se han preservado y engrandecido merced a sus plumas infatigables».

* * *

Nada que me sobrecoja más y me incite a más seria meditación, que oír el eco de mis pisadas sobre las sordas losas de esas capillas repuestas, penumbrosas y lóbregas, en cuyo santuario agoniza, en un vaso de transparente aceite de olivas, una llama bermeja. Parece que en los rincones duermen los largos déjos de las vísperas crepusculares, o los últimos trémulos arpegios del órgano sonoro:

Miserere mei Deus,
secundum magnam
misericordiam tuam....

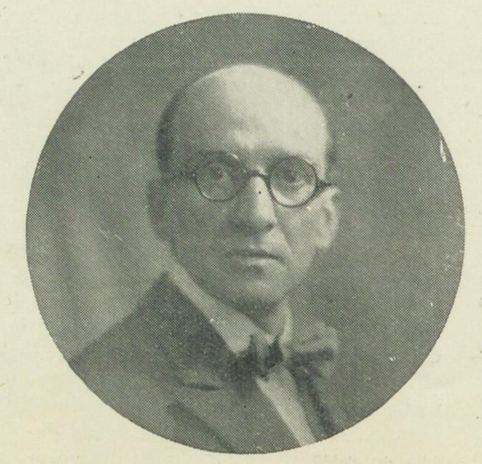
y se respira un ambiente ultraterrestre en que se confunden las esencias de las flores marchitas, de los óleos y resinas aromáticas, con el sacro olor de las ceras amarillentas, de los linos y vasos de las consagraciones.

Pienso que por estos presbiterios vetustos, en las grandes solemnidades, en las pomposas liturgias, han pasado, con sus rostros de verde ancianidad, sus puros cabellos blancos, sus capas pluviales, sus rojas casullas y albas sobrepellices, los austeros prelados, dechados de santidad y amor de Dios. Y que aquí, ante la mesa del banquete eucarístico, se postraron, temblorosas de fervor y castidad, legiones de impolutas vírgenes, de matronas veneradas, de severas esposas, u ofrecieron para siempre su corazón, como un presente, cándidas prometidas, ruborosas por la primera vez, y coronadas de azahares.

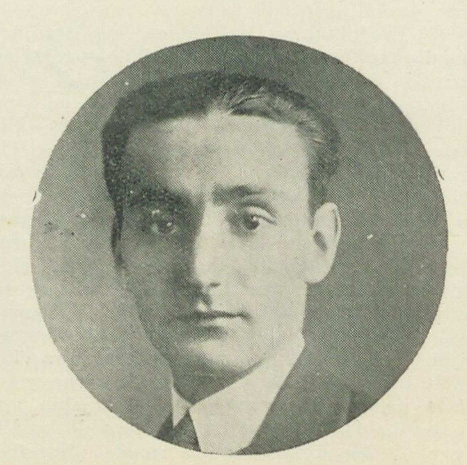
C. Hispano.



MAESTRO LUIS A. CALVO



DON MANUEL CASTELLO



DON CARLOS E. ORTIZ

El jueves próximo la Compañía de Opereta Marina Ughetti llevará a escena la opereta *Una noche en París*, letra de los señores Castello y Ortiz. La partitura es obra del notable maestro Calvo.



SEÑORITA DOÑA EMILIA JARAMILLO URIBE (DE BOGOTA).

(Arte fotográfico. Lavalliere Studio).

Psalmos del verano.

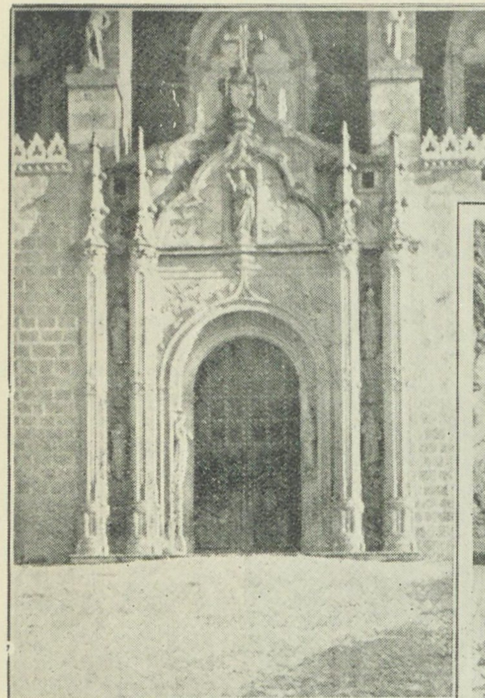
Rescalda el sol, un rubio y ardiente sol, la huerta
donde hincha la lechuga sus hojas y la noria
cantando riega el agua dormida, el agua yerta
que salta hacia los surcos palpitante de euforia.

Ruth arranca los rábanos, la col, la zanahoria....
y, abundosa, en la limpia mañana que despierta,
lleva el seno desnudo como un gajo de gloria
a la boca del niño que es una rosa abierta.

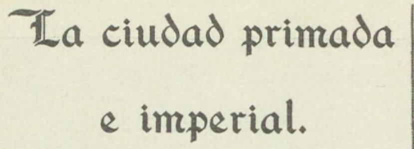
Ríe la campesina con una risa clara
como este veraniego sol que enciende su cara
y que calienta el nido y que el fruto madura.

Y en las ramas el fresco temblor que deja un vuelo
de pájaro, derriba sobre la tierra en celo
la invisible simiente de la rama futura.

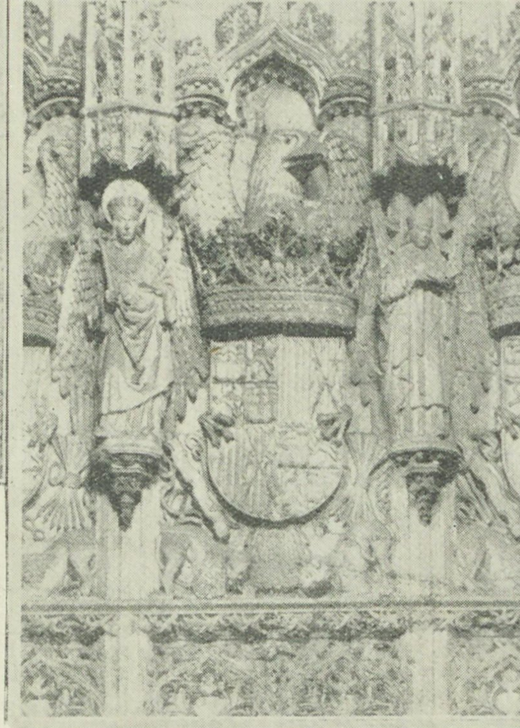
G. Castañeda Aragón.



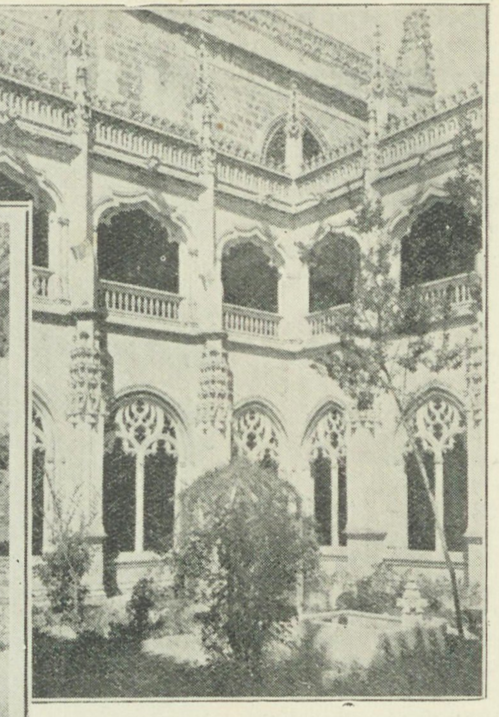
Puerta principal del templo.



La ciudad primada e imperial.



Detalle del crucero de San Juan de los Reyes.



Un rincón del claustro.

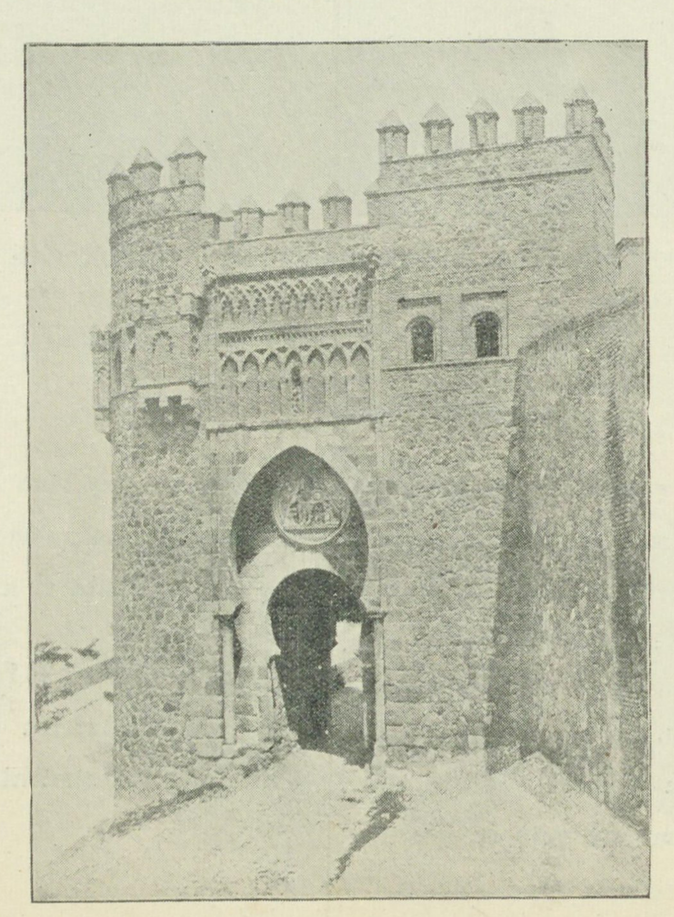
Entre todas las ciudades españolas, es Toledo —la imperial Toledo— medio andaluza y medio castellana, la favorita de la Historia.

Corte de la monarquía visigoda, cuando los visigodos perdieron sus hábitos, bárbaros y trashumantes, para irse degenerando, poco a poco, en la quietud de un Estado constituido, la ciudad que el Tajo enamora es el crisol donde se depuraa las primeras esencias nacionales. Ella ve reunirse los concilios de prelados guerreros, verdaderas cortes que hacían y deshacían reyes y reinados. Bajo los árabes es también capital del reino de su nombre; y, emporio de las industrias y de las artes, mira por encima del hombro a la antigua Majerid, hoy Madrid, advenediza corte de todas las Españas. Los árabes aclimatan en Toledo la industria de las armas, y proporcionan así a las aguas del Tajo la gloria de que se templen en ellas tántos aceros fecundos y gloriosos.

Rebautizada por Alfonso VI, Toledo queda proclamada corte de las Castillas. Desde Toledo el cristianismo triunfante se va extendiendo, como una mancha de aceite, sobre los llanos de la Andalucía baja. Don Pedro el Cruel corre en Toledo muchas de sus aventuras, y da un alegre baño de leyenda a la grave y adusta ciudad, que vio brillar, en la frente del Rey Sabio, la aurora de las letras castellanas y del Derecho español.

Bajo Carlos I, el espíritu rebelde y revolucionario de Castilla, la Castilla democrática y comunera, álzase en Toledo y de Toledo sale a campear, contra las huestes imperiales, conducida por la toledana espada de Padilla. Decapitado Padilla en Villalar, con Bravo y Maldonado, Toledo lucha todavía —nada importa que sea infructuosamente— en torno a las nobles figuras de una viuda y un huérfano. El día que por fin el padre de Felipe II entra victorioso en Toledo, es el más alegre de su reinado.

El águila bicéfala desciende sobre Toledo, trayéndole a la ciudad, veinte veces centenaria, el título de imperial entre las garras.



La Puerta del Sol en Toledo.

Algunos años después, llega de Italia a España y se radica en Toledo, un hombre, ya maduro, que habla el castellano con extraño y dulce acento extranjero. Aquel hombre debe ejercer un raro oficio: trabaja, encerrado en su casa, durante todo el día, y sin embargo sus manos conservan la blanca impecabilidad de las de una princesa. Se le sabe viudo de un gran amor, del que le quedó una hija, y vive con ella y con un mozo de muy dulce trato que siempre que se refiere al misterioso extranjero dice, respetuosamente: «Mi maestro el señor Domenico». Por fin Toledo averigua —lenguas elogiosas se lo cuentan— que el señor Domenico es griego y pintor. Y Toledo comienza a llamar el *Greco* a quien es quizá, por su espíritu —una espada de fuego,— el primer toledano.

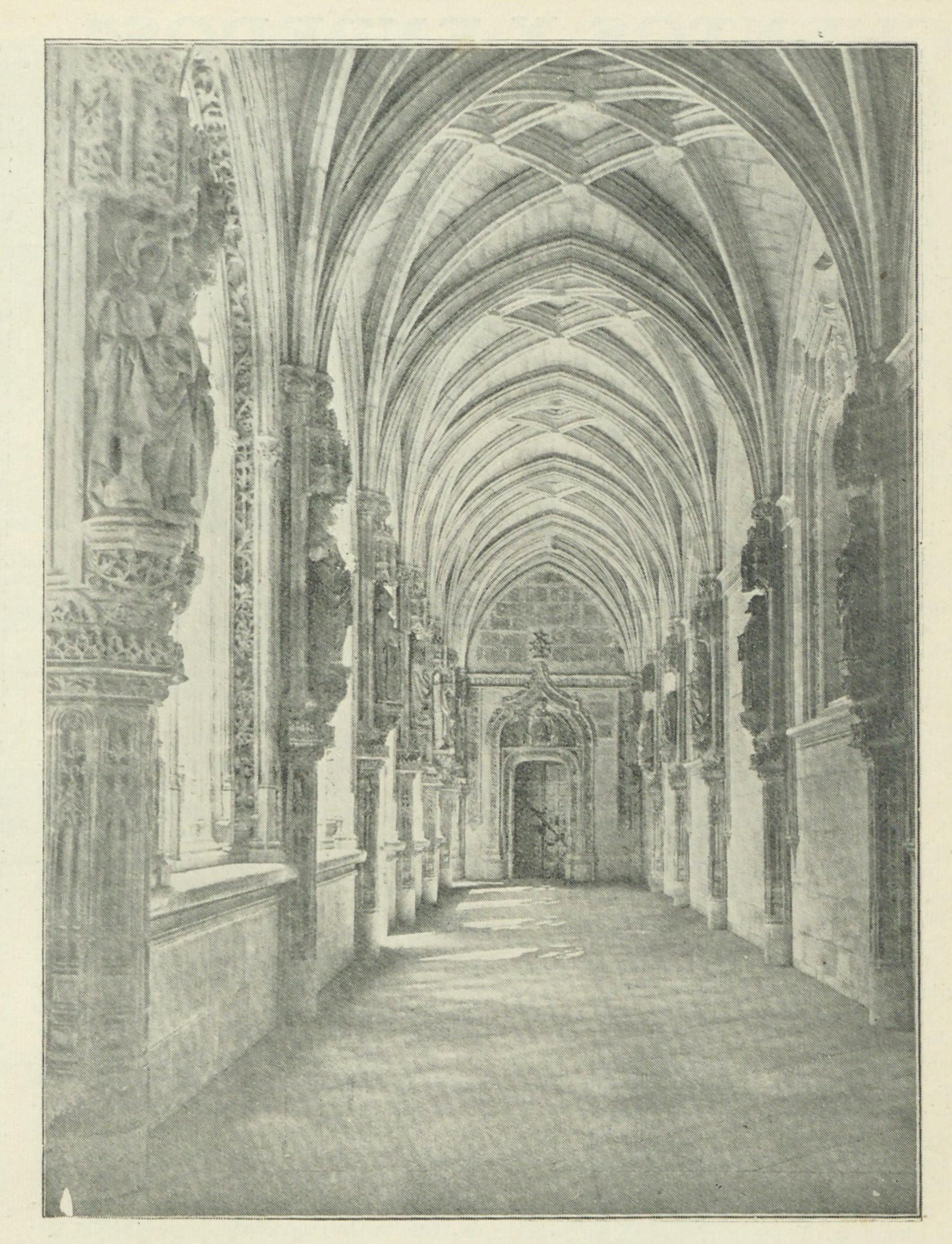
En realidad, Toledo no tuvo en sí su alma verdadera hasta el día en que el *Greco* se hizo toledano. Aunque no tan brillante como la de Toledo, casi todas las ciudades españolas tienen motivos para enorgu-

llecerse de una gran historia. Pero pocas, muy pocas, han encerrado dentro sus murallas a un hombre que las resuma tan bella y perfectamente como el *Greco* resume a Toledo. El *Greco* es el alma de Toledo, como Santa Teresa es el espíritu místico e inflamado de Avila de los santos y de los caballeros, la pequeña Jerusalén española.

Yo no sé cómo serían los toledanos anteriores al *Greco;* pero sí sé que todos los toledanos posteriores a él son hechura suya. El *Greco* no retrató, creó al toledano típico. La influencia de los artistas tan grandes como el *Greco* sobre el pueblo en que viven y producen su obra, es, en casi todos los casos, número mayor de lo que generalmente se cree. No es el ambiente—como creía Taine—el que produce el artista; sino el artista el que crea el ambiente. No de otro modo que cada luz da su resplandor y cada sonido genera su eco.

Para admirar al *Greco* en Toledo, no tendréis necesidad de visitar la que fue su casa, ni de buscar sus cuadros en las iglesias y conventos que los esconden. Os bastaría el pasearos por la ciudad, hundiéndoos en el encanto de sus calles estrechas, que antes de que el señor Domenico viviera en Toledo, asegura Ramón Gómez de la Serna, que no eran tan estrechas como ahora. En vuestro paseo encontraréis seguramente más de un hidalgo toledano que os haría pensar en alguna figura de *El entierro del Conde de Orgaz* escapada del lienzo, y, que no queriendo ser reconocida, se ha vestido ramplonamente al uso de los tiempos que corren.

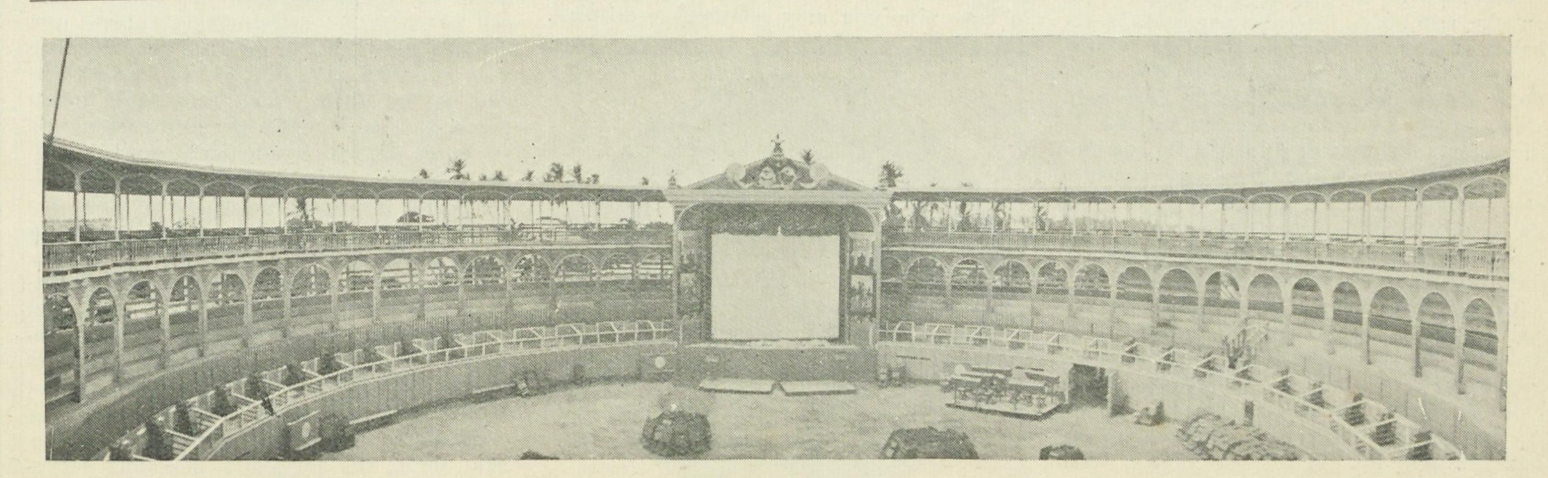
Después de haber paseado por el interior de la ciudad, asomaos a cualquier miradero de las afueras y encontraréis más que las formas y la luz que sirven de fondo y ambiente a las figuras del *Greco*, una especie de halo sobrenatural cuya impalpable e invisible evidencia se os impondrá tiránicamente. Es el resplandor de la obra de Domenico Theotocópnei; el eco luminoso de su alma imperecedera.



Uno de los claustros de San Juan de los Reyes.

Todo el mundo debiera llamar a Toledo «la ciudad del *Greco*» y no como yo mismo la llamo, en el título de este artículo—con servil sumisión a lo consagrado,—«la ciudad primada e imperial».

Figarillo.



Nuevo Teatro-circo de Cartagena.

"CUENTOS Y ENREDOS" - A propósito de Joaquín Quijano Mantilla.

El cronista de *El Tiempo*, residente en El Epiro, Joaquín Quijano Mantilla, ha tomificado sus producciones para cumplir con el último mandato del precepto que nos aconseja, para que nuestra vida sea completa, sembrar un árbol, tener un hijo y escribir un libro. Y como su personalidad ya se ha completado ante el público, ya que en privado su vida ha sido profundamente vivida, fuerza es que la crítica—metida siempre a desentrañar ajenos motivos, ajenos pensares y extrañas sugestiones—le tome por su cuenta y le haga decir cosas en que jamás pensó, tergiverse sus decires o le enaltezca ante el público que le quiere con entusiasmo y lee con agrado.

Vi por vez primera a Joaquín Quijano Mantilla en su ocupación habitual en tiempo de molienda en *La Capilla*, parado en un alto murallón, desvencijado el cuerpo, ladeado el sombrero de anchas alas sobre un ojo, mandando una cuadrilla de peones que embarcaban en el Ferrocarril de Girardot una enorme cantidad de sacos de harina. Su figura escueta, su mirada penetrante, en aquel mediodía lleno de sol, fatigante de calor, destacado sobre el cielo azul, formaba un cuadro evocador de nuestra vida, en el que esa figura era como la síntesis suprema de aquel tipo de hombres que han fatigado nuestra historia con el nombre de guerrilleros. Tipo legendario ya, y que aparentando el total agotamiento físico, realiza las proezas más audaces, ejecuta las más fatigantes correrías y soporta lo mismo el frío glacial del páramo o el calor tropical de las vegas donde se exprime la caña. ¿Con qué fuerzas? ¿Con qué energías? Sólo ellos lo saben. La misma fiebre que quema su sangre prende en sus cerebros el delirio del ideal; de ese ideal que es el supremo mandato de todas sus acciones y que les impele lo mismo a la heroicidad más estupenda en lides gloriosas, y al odio más cruel para el adversario que se vilipendia cuando vencedor y se ultima cuando vencido, cruel e inmisericordemente. Y me pareció que en lugar de verlo ocupado en la más pacífica de las ocupaciones, dirigía, en algún barranco perdido en medio de la selva, el embarque de las vituallas del Grande Ejército del Norte, rota la camisa, barbudo el rostro, el machete pendiente al cinto, listo el revólver; o marchando por aquella *trocha* de muerte y de miseria, que tan ruda, pero bellamente, nos ha descrito Max Grillo.

Veterano de la guerra y revolucionario en que aún arden los relámpagos de la rebelión a mano armada, se complace asimismo y deleita a su auditorio con las anécdotas de su errabunda vida de derrotado siempre, cuya nostalgia apenas no pasa de ser, afortunadamente, sino una de sus muchas faces pintorescas. Y es este aspecto, este estado de alma, quizás el que sirva de base, con todos sus errores y todas sus bellezas, al edificio de toda su personalidad, original, profundamente original.

Como guerrillero que ha sufrido todas las privaciones y todas las amarguras de la vida, desde la tristeza de la derrota hasta la desesperación de la cárcel, y que en su calidad de rebelde ha sido usurpado de todo derecho, inclusive el de propiedad, conoce de aquellos dolores que son, al decir de Tomas de Quincey, «demasiado profundos para llorar sobre ellos». Dolores sentidas con toda el alma, de la que se van apoderando lentamente, pero con seguridad de



Joaquín Quijano Mantilla.

conquistador que no suelta tan fácilmente su presa, y duran ahí toda la vida con su sedimento de hiel y de amargura, torturándola, agotándola, sin tener siquiera el consuelo de las lágrimas.

A semejanza de lo que acontece en Inglaterra con Joseph Conrad, el mejor novelista de lengua inglesa de hoy, quien de marino se convirtió en escritor pasados los treinta años, sin dejar de ser por un momento viejo lobo de mar que añora constantemente el bamboleo de las olas, y que se limita a contarnos y describirnos las personas que encontró durante sus viajes, el autor de *Cuentos y Enredos* no ha dejado de ser el guerrillero santandereano, a pesar de su larga inacción profesional. Pero a diferencia de aquellos viejos veteranos que se conforman con rememorar aventuras ante el grupo familiarmente dulce de las mujeres y los niños que les rodea, ansioso de emociones, él ha extendido ese arte y hoy deleita a millares de personas con crónicas inimitables como amenidad.

Con este acervo de experiencia y de vida, cuenta Quijano Mantilla lo que ha visto y lo que ha oído, detalle por detalle, con una facilidad y una propiedad que son de su exclusiva competencia. Sobre algún acontecimiento, sobre alguna frase a veces filósofa, pero siempre con discreción y sin fatigar, como compite al verdadero narrador. Porque es narrador, y no más que narrador. Tampoco pretende ser más ni ser menos, y por esta sencillez suya es por lo que el público le otorga sus favores, como no lo hace sino con muy contados escritores.



Doctor Carlos Durán Castro, quien obtuvo ayer tarde el título de Ingeniero agrónomo.

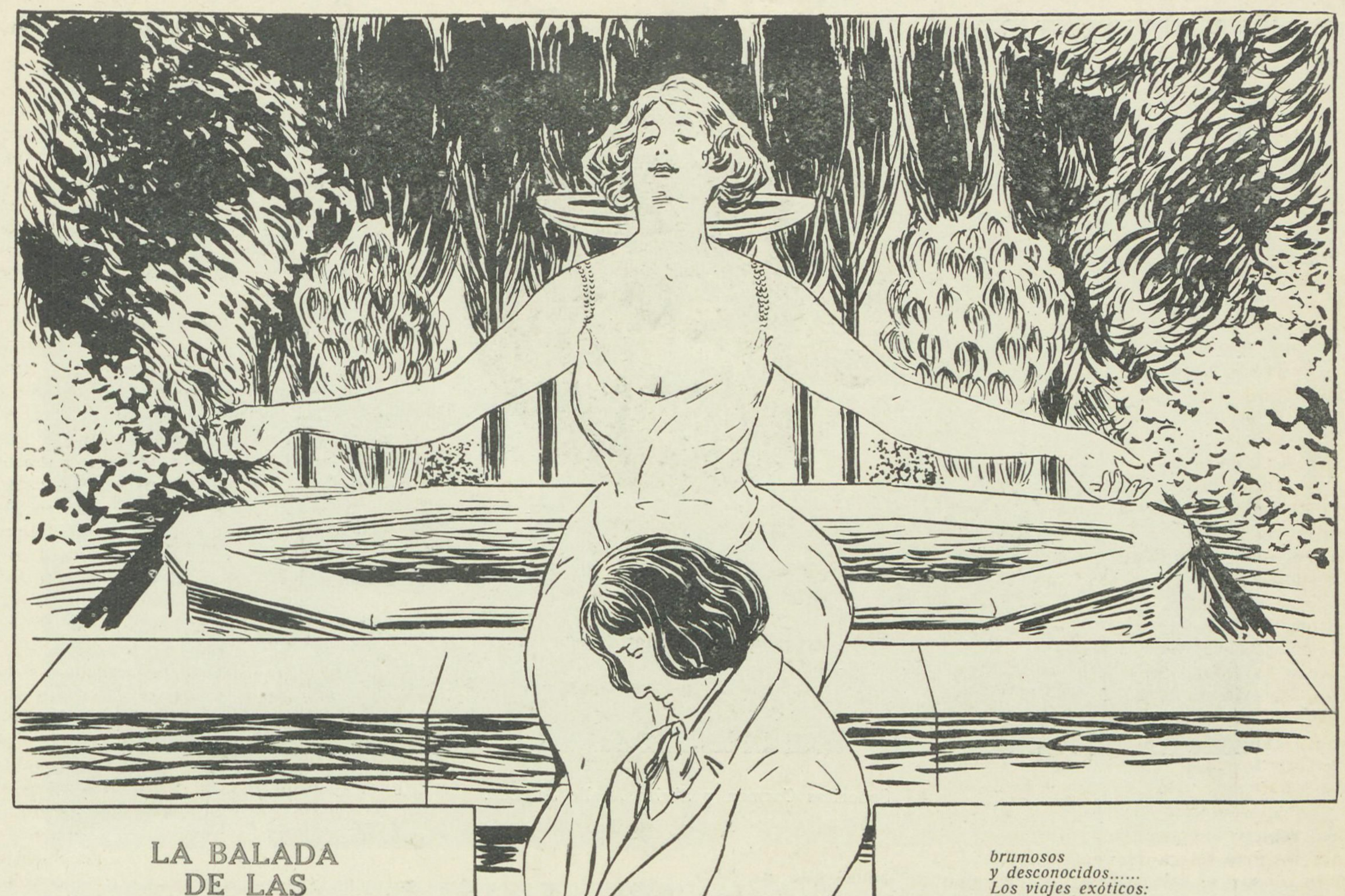
Corre la versión, que él se complace en extender, de su rancia cultura griega. No sé que tánta verdad habrá en esto, pero la manera de ver sus personajes, o mejor dicho de crearlos, si es tan cruelmente fiel, tan verídicamente humanos, como Eurípides y Sófocles lo hicieron en las páginas de esas tragedias en donde aparecen escuetos dioses y hombres, representando, claros y precisos, un pensamiento. «Todos los personajes han estado en contacto conmigo, dice, y me han dejado sus enseñanzas. *El Jayaca*, Daniel Jaimes, *Luis Corcobado*, en la escala de los hombres águilas y trágicos. Don Demetrio Martínez en la dulce penumbra de los seres a quienes Dios les dio un poquito de su inefable dulzura, para poner en los corazones de los hombres la esperanza y la fe. Victoriano Camargo y el *Chato* Ortega entre los hombres de agueros y consejas.... Las brujas de Cáchira y Arboledas que le metieron un armadillo en el estómago a don Hilarión Jaimes, y viajaban en palos de escoba a platicar durante las noches en la mesa de los Santos, con las brujas de Curití».

Sin embargo no todo es tragedia y dolor en los *Cuentos y Enredos* porque van entretejidos con un humorismo muy especial, mezcla de ironía y de sarcasmo, producido por la desnudez de los personajes, presentados en la mayoría de los casos en esa forma de inocente apariencia, pero quizás con un fondo intencionado. Hacer resaltar por medio de una contraposición violenta los defectos o el ridículo de una persona, aun cuando sea el mismo autor, provoca la risa, pero no la risa sana. El fondo malévolo que siempre retoza en el íntimo fondo de la naturaleza humana, siempre listo está a recrearse en el mal ajeno, y éste es el que Quijano Mantilla hace regocijar cuando relata con apariencia de anécdota, un hecho que va dirigido con mano certera a herir determinado blanco. Bien pudiera ser que el motivo de las sátiras suyas no sea el de mortificar sino el de corregir, o el de señalar los defectos para que se enmienden, como se acostumbra con los seres queridos—y queridos son para él sus amigos, sus recuerdos y su «tierra del alma»—cosas todas de las que ha hecho los más crueles retratos.

Cuando el dolor y el sufrimiento han sido el lote que en la primera juventud le toque en suerte soportar a una persona, esos pasos incipientes, dados bajo el peso de la amargura que oprime nuestra alma, son la causa del escepticismo vidente que despoja todo del falso oropel que lo cubre y lo presenta tal como es, con la brutalidad entera de la vida. Vano sería inculpar a Quijano Mantilla por esta actitud que no es ni fingida, ni adquirida por esnobismo petulante, sino esencialmente congénita. Según los detalles que de su vida nos cuenta, podría decir más, mucho más, sin lugar a criticárselo.

Todas estas características convergen para hacer de Joaquín Quijano Mantilla el escritor más vívido y de más precisa observación de cuantos se dedican hoy a esta clase de literatura entre nosotros, y el éxito obtenido por su libro le servirá de incentivo para nuevas e igualmente amenas obras; sus amigos lo deseamos fervorosamente así por lo menos.

C. A. Torres Pinzón.



LA BALADA DE LAS SUPERFICIALES

Aquella nañana
todo me decia
de tus dualidades;
tu traje de malva
la brisa ceñía
y la arquitectura
de tus desnudeces
junto a las estatuas
del parque surgia.
Al leve perfume
de los heliotropos
tu intenso perfume
preludió el encanto
de la epifania.
La flor de tu carne
bajo el oro trémulo
del sol, irradiaba;
tu mano translúcida,
tu mano de ensueño,
tu mano preclara,
por las avenidas
y sobre las éras
humilló el prestigio
de las dulcamaras,
y con las huidas
de una colegiala
te erguiste en el zócalo
donde Pan adusto
su flauta ensayaba.
Te dije mis locas
imaginaciones:
los atardeceres......
los largos silencios......
las provocaciones......
Las noches de fiesta:
Mis noches de fiesta
soñadas en donde
unció la carroza
de tu hechiceria
en vanal trofeo,
Las adulaciones,
y aquella mañana
descorri la clave
de mis dias inciertos
do tú Campanera
de mis alegrias
hosanna preludias,
do tú Campanera
de mis desencantos
preludias a muerto.
A tus plantas ágiles
aquella mañana
derramé yo el vino
rojo de mis ansias
y de mis martirios:
Las músicas vagas;
los vagos idilios;
los crueles perfumes
de nuestros delirios......
Los viajes exóticos:
el viaje ensoñado
por mares y rios,
por puertos lejanos
brumosos
y desconocidos......
Los viajes exóticos:
los breves paisajes
borrosos y ritmicos;
los rostros extraños;
los muelles amplisimos
donde en las doradas
noches silenciosas
hilvanan sus sueños
los lobos marinos.
Un crimen de horquideas
sobre la escultura
núbil de tus senos
fugaz florecia;
al mirar la ilusa
cadena dorada
de mis ensoñares
y mis utopias,
tu boca imposible,
tu boca embrujada,
desató el estuche
de sus sinfonias,
y tu carcajada
que inundó tu pecho
se abrió en los jardines
como una diabólica
flor de hechiceria;
por todas las éras
prendió una armonia,
y en el surco fácil
de mi enfermo espiritu
delineó un romance
de melancolia.
Aquella mañana
todo me decia
de tus dualidades
y de tus caprichos.
Mis ingenuidades
de poeta y niño
fuéronse mustiando
como amortiguadas
por gris esfumino,
ante el frágil coro
de tus locos giros,
de tus coqueteos,
tus gracias, tus mimos.
Aquella mañana
de oro, en el estanque
Cloris coronada
de musgos marinos
en la flauta antigua
de sus surtidores
te ritmó su himno,
y la sierpe oscura
que en curvas se atedia
sobre los broncineos
faunos y los silfos,
como diademando
tus dorados rizos
incendió ante el fuego
de aquella mañana
de sus mil anillos
el oro marchito.

JAIME ROBLEDO URIBE

(Ilustración de Eugenio Zerda).

EN EL HIPODROMO DE LA MERCED, EL DOMINGO PASADO



Señoritas Carmen y Elvira Abello Salcedo.



Señorita doña Mercedes Borrero.



Señora doña Helena Reyes de Narváez, señorita doña Blanca Reyes Cortés y señor don Enrique de Narváez.



En el matrimonio del culto caballero bogotano don José Alberto Maldonado Hinestrosa y la bella señorita doña Isabel Gutiérrez Portocarrero, verificado en esta ciudad el sábado pasado.



EL SOLDADO DESCONOCIDO PERUANO

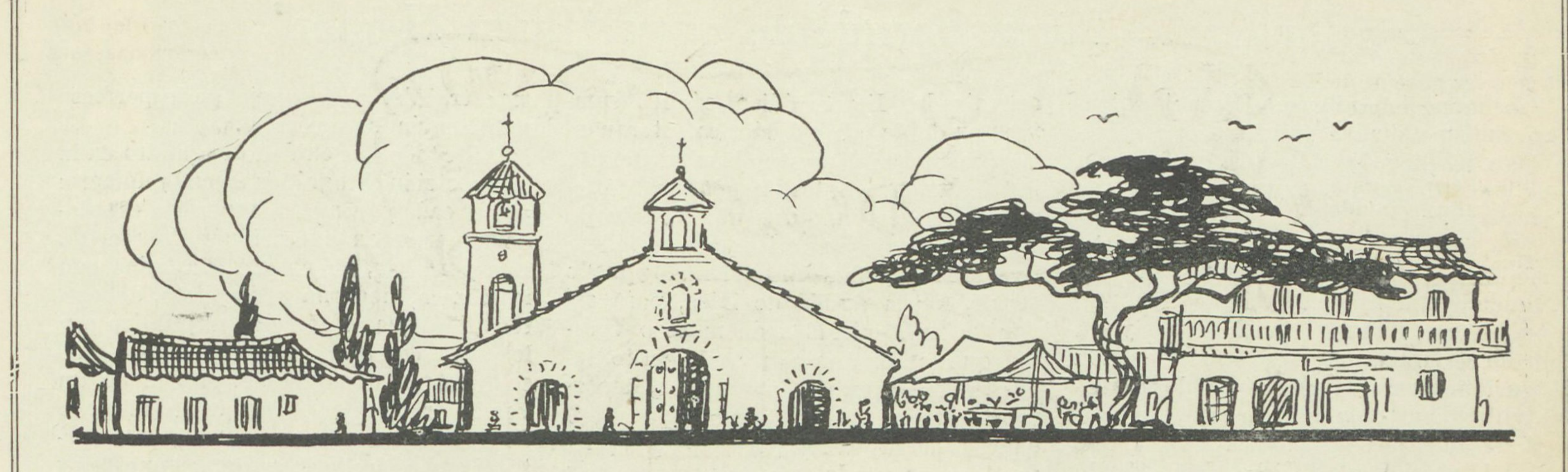
Inauguración del monumento al «Soldado desconocido peruano» en el Morro Solar, el 26 del pasado mes de julio.

DE LOS TIEMPOS IDOS

En aquel pueblo, la Virgen del Carmen era patrona de los conservadores. Quedaba su altar en una capilla penumbrosa, era de antigua talla, pintado exquisitamente a oro y cobalto, con un camarín cuyo decorado interior lo formaban ramos de viña, conchas de nácar y espejuelos de verdosa luna. Era meditabundo el mirra de la Señora y también el de su Niño, que alargaba como ella la mano para ofrecer su escapulario a todos los fieles. Cada sábado al anochecer se le cantaban sus letanías y su salve. Anualmente se le hacían su novenario y su fiesta muy solemne, con una misa del chapín Quevedo, que se había instrumentado para banda por no haber orquesta, con un sermón elocuentísimo y con pólvora en gran cantidad. A la Virgen del Carmen se la miraba de un modo algo serio; se le tenía una devoción respetuosa, parsimoniosa; el vecindario, casi todo, mantenía con ella una distancia espitual que se podía sentir fácilmente, aunque hubiera sido muy difícil evidenciarla con datos pedidos al culto exterior. Corrían los siete años siguientes al de 86 y ya no se mandaba pintar las paredes de azul ni llevar escarapela en el sombrero so pena de multa o de cárcel, y lo que eran palizas nocturnas ya no las había sino muy de vez en cuando.

La Virgen de las Mercedes era patrona de los liberales, que todavía formaban unos dos tercios de la población. En la misma iglesia parroquial y enfrente a la capilla del Carmen, tenía la suya Nuestra Señora de las Mercedes: era grande, llena de luz, toda blanco y oro. En el altar, sobre una clara nube, la Señora y su Niño, que vestían igualmente de nieve y sol, miraban con dulces, con sonreídos ojos, ofreciendo el escapulario de su advocación a la cristiandad. Anualmente, por los días del novenario, había notable ajetreo en la capilla, pues acudían las muchachas a colgarla de tules, a colmarla de flores, a parlar un algo con sus novios y a jugar otro algo con los chiquillines que solíamos acompañarlas. Venían para la fiesta clérigos de cercanas parroquias y músicos de lejanos pueblos: yo quiero citar a un oficleide que realzaba mucho con sus tonos, y a un flautín delgadísimo, con cuyo concurso era posible ejecutar algunas creaciones famosas, como *La mirla blanca* y la *Polka de los micos*. Huelga decir que la banda era liberal y hacía prodigios musicales en honor de aquella Virgen, que hubiera podido llamarse Nuestra Señora de las Simpatías, amada con familiaridad por los vecinos. Ahora, fuéra de la iglesia, toda la población se hallaba en mil aprestos porque, a más de la religiosa, siempre había sido costumbre hacer unas fiestas de plaza, y las costumbres, como las leyes, no decaen sino mucho después que ha sobrecaído un nuevo orden de cosas. Mientras estaban levantándose barreras y palcos, llegaba día por día la gente de otras regiones: venían mercachifles pintorescos, venían alegres murgas, venían pirotécnicos, acróbatas, galleros, jugadores, cómicos, toreadores, jinetes. Había grande actividad en todas las cocinas y se preparaban comilonas opíparas. Repletábanse las tiendas con multitud de vituallas, con invenciones caprichosas de repostería, con regimientos de licores en formidable línea de batalla. En unas partes, hábiles costureras daban los últimos retoques a esos indumentos que habían de lucir en las cuadrillas de honor; se iba concluyendo en otras partes el vestuario de caricaturesca imitación para las cuadrillas charras que lógicamente se verificarían empleando borricos barnizados de diversos colores; y apenas había casa donde no se hubieran provisto ya con trajes de ingeniosa hechura y máscaras de gesticulación grotesca para el día de locura en que los disfrazados irían recorriendo todas las calles.

Uno de aquellos años, el 24 de septiembre se hallaban a punto de funcionar las cosas que someramente dejo nombradas, amén de otras muchas. De acuerdo con el programa, que se había pregonado en verso, las fiestas debían «estallar» inmediatamente después de la gran misa. Dieron las campanas a eso de las once el último y alegre repique. Se vio colmada la iglesia por un gentío enorme. Al principiar el oficio, resonaban los *kiries* de Quevedo, solemnemente acompañados por el órgano y también glosados, no sin alguna arbitrariedad, por el saxofón, el corno, el oficleide y el flautín. Asistido por otros dos clérigos que vestían como él suntuosos ornamentos, oficiaba el cura párroco. Así que hubo entonado el evangelio, bajó del altar, se quitó la casulla y se dirigió al púlpito: sus diáconos ocuparon las sillas de ritual y se dispusieron a oír, lo mismo que el pueblo. Con voz golpeteada iba pronunciando su panegírico de la Virgen el doctor Espinel; era alto y nervioso, enjuto y enérgico; a pocas vueltas, luégo de implorar la gracia divina, hizo un paréntesis y emprendió en la censura de aquellas fiestas que iban a sucéder, disipación y escándalos que jamás acreditarían a un pueblo como civilizado y piadoso, diversiones profanas que mal podían agradar a Nuestra Señora. Con sus ojos puestos en ella, que no les dejaba de sonreír, y sofocados por la calor del tumulto escuchaban los fieles en hondo silencio, respetando las razones del orador, sabias y justas, a la vez que preguntándose: «muy bien, pero ¿y los toros famosísimos que acaban de encerrar, y las cabalgatas, y los fuegos, y las maromas, y los títeres y los bailes que se han preparado?» Aún es tiempo de evitar esos actos que pueden atraer sobre vosotros la venganza omnipotente, advertía el doctor Espinel antes de pasar al anatema. En seguida, con un acento más terrible invocó al cielo para que impidiera la realización de semejantes desórdenes y echó maldición uno por uno a los números de aquel programa que, sobre dar para ocho días de regocijos determinados, calificaba con el nombre de *penúltimo* cada día que fuera necesario para improvisaciones y señalaba otro como final para «lo que Dios quiera y los forasteros dispongan»....



¡Dios no quería liviandades: él castigaría furiosamente las que se iban a cometer! En tanto que la palabra fulminatoria del predicador arreciaba como una tempestad, se levantó el diácono de su silla, se quitó la dalmática y las otras vestiduras de celebrar, hizo discretamente una seña para pedir su felpudo chapeo, bajó las gradas del presbiterio y fue muy difícilmente abriéndose camino por entre la apiñada multitud. Este sacerdote, cura de una parroquia vecina, se llamaba el doctor Bocaranda; era jamón, risueño y ojivivo. ¿Por qué se retiraba de ese modo, en plena ceremonia? Sin duda le había dado algún accidente y necesitaba salir, aunque lo más breve (pensaba la concurrencia) hubiera sido escurrirse por la sacristía.... Como quien cruza temerariamente por un campo donde se está combatiendo, el doctor Bocaranda, bajo la inmisericorde tronamenta del sermón se abría paso por entre el gentío sudoroso. Dando y recibiendo achuchones, llegó por fin hasta el cancel allí se enjugó la frente, carraspeó como para aclarar el pecho y con una voz mucho más estentórea que la del predicante, lanzó este grito;

—¡Vivan las fiestas!!

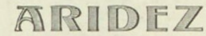
—¡Vivan!! respondió instintivamente la multitud que llenaba el templo.

Se produjo entonces una grande inquietud, un desasosiego incontenible. Hubo que ponerle abreviaturas a la misa, y a pesar de ello, cuando terminó ya no había quorum de oyentes.

Rato después, al són de bulliciosos bambucos, el primer toro mandaba unos toreadores a las nubes y hacía que se sumergieran otros en la pila. En palcos y barreras el público se desternillaba de risa. Bocaranda, subido en el atrio, quemaba cohetes y coreado por todos los chicos del pueblo gritaba como un loco:

—¡Viva Nuestra Señora de las Mercedes! ¡Vivan las fiestas!

El Dr. Mirabel.



ARIDEZ

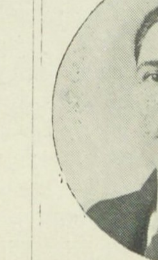
Amar con loco amor; sentir el fuego
de la pasión más honda y más ardiente;
y hallar el sér amado indiferente
a nuestro culto y sordo a nuestro ruego.

Anhelar, con febril desasosiego,
un lampo de ternura solamente;
y ver que tronchan la ilusión rïente
ingratas iras y glacial despego.

Al fin, con la esperanza ya perdida,
a un imposible consagrar la vida.
¿Qué penas hay, Amor, más dolorosas?

Aun el pesar secreto es más agudo
del que dejó de amar, y nunca pudo
ver de otro amor en su jardín las rosas.

ANIBAL MONTOYA CANAL.





Señor don José Antonio Medina Escobar y señorita María Elisa Lee Ayala, quienes contrajeron matrimonio hoy en la capilla de la Nunciatura Apostólica.





INAUGURACION DEL PUENTE «CARLOS HOLGUIN».—En días pasados fue inaugurado por el señor Gobernador del Departamento del Valle del Cauca este hermoso puente sobre el río Cauca, el cual tiene una longitud total de doscientos diez metros. Queda situado cerca de Puerto Mallarino y está comunicado con Cali por un tranvía a vapor.—(Atención del *Correo del Cauca*).

Guillermo Pérez Sarmiento y su "Buen Humor".

La mano de Guillermo Pérez Sarmiento fue una de las primeras que estreché a mi llegada a Bogotá, y será una de las últimas que estreche el día que me vaya.

Le conocí en la imprenta de *El Diario Nacional*, afanado, activo, yendo y viniendo del linotipo a la platina, con un haz de cuartillas en la mano y un brillo de inteligencia en la mirada. Su figurilla, menuda y nerviosa de Rouletaville bien traducido, me fue simpática desde el primer momento.

—Espéreme usted—me dijo cuando nos presentaron.—En cuanto el número entre en máquina, estaré libre, y, si no tiene usted nada que hacer, daremos un paseo juntos.

Yo sabía que Pérez Sarmiento había regresado de Madrid pocos meses antes, y deseaba vivamente charlar con él. Desde que salí de España, todo mortal que haya tomado café dos veces en las queridas terrazas de *Regina* y del *Lion D'Or*, es para mí un personaje importante. Me incliné, respetuoso, ante la invitación de Pérez, y le esperé. Al cuarto de hora, salíamos juntos a la calle y tomábamos un coche.

—¡Vamos donde quieras con tal que nos saques del centro!—le gritó al cochero. Y volviéndose hacia mí, añadió con un largo y profundo suspiro, como si me hablase de una mujer amada:—Bogotá es simpática, pero triste. Ya lo verá usted.

Sin duda esta arraigada convicción de la tristeza de su ciudad natal es lo que ha hecho concebir a Guillermo Pérez Sarmiento la idea de un semanario ligero y despreocupado, alegre de olvido, de juventud y de futuro. El primer número de esta revista, que se titulará *Buen Humor*, para que no haya lugar a dudas, debe hacer su alborotada aparición el próximo sábado.

Yo no he tenido aún tiempo de comprobar si Bogotá es realmente una ciudad triste; pero lo que sí noté en ella, desde mis primeros días santafereños, fue la falta de un periódico alegre. Bogotá ha carecido hasta ahora de una publicación que provoque, hebdomadariamente, sus sonrisas, haciendo olvidar a los bogotanos las crueldades del pavimento y la monotonía aniquiladora de treinta y tantos años de gobiernos conservadores. Pero, por fin, gracias a Guillermo Pérez Sarmiento y a su genio juvenil y emprendedor, Bogotá va a tener eso que la faltaba, y yo espero que lo acogerá con júbilo y agradecimiento. Porque Bogotá podrá ser, en efecto, una ciudad triste, pero los bogotanos saben perfectamente que, como dijo el filósofo—¿qué filósofo fue, Dios mío?—«lo más serio es reír».

El periódico cómico es necesario e imprescindible en toda República bien organizada. El periódico cómico cumple una doble labor didáctica y terapéutica: reforma las costumbres y facilita las digestiones a los dispépticos. Además, suele ser un admirable agente de higiene social y política: un periódico irreverente y mal intencionado puede servir, con la ayuda de Dios, para espantar esas miríadas de moscas voraces que se amontonan tercamente sobre los presupuestos nacionales, departamentales y municipales, como sobre cuerpos corruptos. El periódico que quiera alcanzar a todo esto no necesita más que dos atributos teológicos: gracia y decencia.



Para todos aquellos que hablan de la neurastenia de Pérez Sarmiento exhibimos esta postal —que nos fue suministrada por una huesuda y esquelética agente norteamericana de drogas y específicos— y que tiene la autoridad inapelable de un documento. El buen humor de Pérez Sarmiento en Bogotá puede ser el mismo que, según la fotografía, demostraba en las ciudades estadounidenses.

Hace pocas noches, Pérez Sarmiento —el bueno, el querido Pérez—me hablaba de su proyecto con el entusiasmo que inspiran todos los ideales. Y al explicarme, con su vocecilla aguda y rápida, lo que él quiere que sea *Buen Humor*, trazaba el bosquejo de la perfecta publicación humorística.

Ante todo, un cuidado exquisito en la composición litográfica de cada número; y, en cada página, la superficie dibujada superior en extensión a la escrita. Las portadas, en colores, tratadas con la técnica, moderna y simplista, del cartel: algo que se le meta al público por los ojos, con la misma eficacia con que se le mete en el oído el pregón de un vendedor callejero. En cuanto al texto de *Buen Humor*, sus tres cualidades sustantivas serán: la ligereza, la sencillez y la amenidad. Nada de largos artículos, ni de lentas y premiosas lucubraciones literarias. Absoluta sumisión al precepto clásico:

A la abeja semejante,
para que cause placer
el epigrama ha de ser
breve, rápido y punzante.

Buen Humor tendrá un redactor único, irresponsable y excepcional; un redactor que no solicitará empleos ni favores de los señores ministros: el ingenio bogotano. Para que este redactor trabaje, *Buen Humor* hará la instalación necesaria en cada esquina y en cada café de la ciudad. (Respetuoso con el acuerdo veintisiete, el citado redactor no trabajará nunca, por ningún motivo, una vez que hayan sonado, en el grave reloj de la Catedral, las ocho de la noche). *Buen Humor* no responderá de su ortografía, pero sí de su sintaxis. La sintaxis es una cosa tan cómica, que *Buen Humor* promete respetarla. Lo mismo que el sagrado de los hogares y la pudibundez de las doncellas. *Buen Humor* podrá ponerse en todas las manos: sólo llamará el rubor a las mejillas de los que no tengan muy limpia la conciencia. Lo cual es de una estricta moralidad.

Y Guillermo Pérez Sarmiento terminó así la descripción verbal de su proyecto:

—*Buen Humor*, desde su primer número, y siempre dentro de su carácter, será un periódico insospechable. No habrá en él colaboradores fijos, pero, para tranquilidad del público, sí publicará una lista de «no colaboradores». El director artístico de *Buen Humor* será el gran dibujante Ricardo Rendón, el cual me ha asegurado, muy formalmente, que este año sí que tiene ganas de trabajar. No sé si me equivocaré. Yo espero un gran éxito.

—¡Amén!—contesté yo.

Y ahora lo repito con toda mi alma, mi querido Pérez Sarmiento:—¡Amén, porque bien lo mereces! ¡Ojalá tu *Buen Humor* te produzca algo más de lo que a mí, hasta ahora, me ha producido el mío!

Juan José Llovet.



RAIMUNDA DE GASPAR

Eminente primera actriz de la Compañía de Comedia Caralt, que actúa con muy buen éxito en el Teatro de Colón.

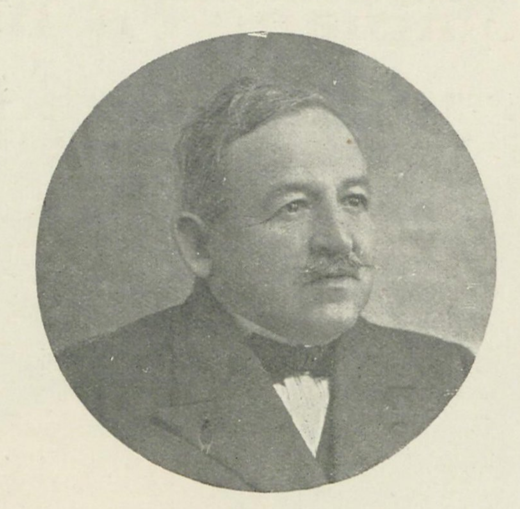
"EL ALMA NACIONAL"

Preocupados como andan los ánimos con las cosas de la política, apenas habrá habido quien lea el libro titulado *El Alma Nacional*, escrito por la pluma clásica del doctor Luis María Mora. Vale la pena, sin embargo, divertir la atención de las discusiones inútiles, llenas las más veces de acritud inconcebible y de sorprendente intolerancia, para apacentar el espíritu en los diez capítulos que forman esta obra, diminuta en su exterioridad pero de grande aliento en el fondo, por los temas en que se ocupa, por el fin que persigue y por la elegante y erudita manera como está ejecutada.

Católico sincero como es el doctor Mora, con un catolicismo que no es de ese explotador y farisaico que usan muchos a modo de salvoconducto para su bienestar temporal, sino de ese otro catolicismo civilizador y militante que cree en Dios, ama al prójimo y guarda los preceptos del Decálogo, comienza sus ensayos con un estudio sobre la *Religión*. Explica la esencia de ese ideal con suma claridad y orden, y, a fuer de teólogo y poeta, deja desbordar por esas páginas la plácida y serena emoción de su musa cristiana y evocadora. Es innegable que así como no hay pueblo alguno sin coros ni liturgias, tampoco habrá arte bello ni sublime si no está inspirado en alguna divinidad o en algún rito. De suerte que desde la poesía que se guarda en los antiguos Vedas hasta los cantos homéricos, desde los vates enguirnaldados de Tracia y de Tesalia hasta el profeta consagrado por el laurel de la égloga, todos, todos pronunciaron sus oráculos en el santuario de la belleza y del misterio. Siguiendo estas huellas de luz, el autor de *El Alma Nacional* sienta que nuestra fe es la fe profunda y ardorosa de la España de doña Isabel, comoquiera que fue inculcada en nuestros corazones por los aguerridos vencedores de la morisma que creían tanto en el pendón blanco del Apóstol Santiago como en el signo celeste de Constantino el Grande. Por eso, cuando se apagó en los ámbitos de Granada el ruido de la patriótica reivindicación, se oyó a lo lejos el ruido de las sandalias de los misioneros que partían llevando el lirio de paz que había hecho florecer un día la parábola del Espíritu Santo sobre las colinas y los lagos de Galilea.

El criterio de sociólogo que domina en *la patria y los héroes*, el amor encendido con que trata el significado de la nacionalidad y los rasgos eminentes con que aparecen allí los capitanes y soldados de nuestra emancipación, dan a estos capítulos un interés de perdurable actualidad.

De la lengua materna, la clara lengua castellana, hace un elogio comparable al de Juan Montalvo en las páginas eternas del Buscapié. Quiere el doctor Mora que se hable con pureza y corrección el idioma de los Iriartes y López, de los Islas y Marianas, de los Valeras y Menéndez. Pero, ¿qué mucho que esto quiera un sacerdote de la Academia, como Juan de Valdés, con ser hereje, piensa que los «caballeros bien hablados y bien entendidos en la lengua castellana dan de sí no poca gentileza y galanía?»



Luis María Mora.

Quien así escribe sobre asuntos de tánta importancia, sobre el maestro y la escuela, sobre el carácter y el himno, de historia y geografía, de la República y la raza, ha corrido ya su juventud, gastada en la oscura aunque heroica empresa de educar; con la pobreza siempre al ojo, lucha sin cesar por la vida y por la gloria; desdeñado, combatido, pospuesto en ocasiones y en ocasiones relegado, ha sido el doctor Mora catedrático en el Colegio del Rosario, cuyo hijo es; miembro de número de la Academia Colombiana de la Lengua; Director de Instrucción Pública en el extinguido Departamento de Quesada; Inspector de enseñanza secundaria y profesional en Bogotá; poeta altísimo de vena transparente y delicada; y traductor regocijado de Horacio al igual que Javier de Burgos, Casas y Vergara Barros.

Oíd lo que dice el doctor Mora refiriéndose a nuestro carácter, después de ensalzarlo con severidad y donosura dignas de Carlayle o de Emerson: «El culto de la verdad ya es raro en Colombia, y la serena estatua de la diosa yace despedazada entre ídolos de arcilla. Falta verdad en las creencias, falta verdad en los asuntos políticos, falta verdad en las relaciones sociales».

Cierto que la falta de carácter, vale decir, debilidad o hipocresía, cálculo o mezquinas granjerías, ha venido a ser para Colombia una especie de volcán Momotombo que engulle en sus fauces todo el orgullo de la tradición y toda la rebeldía del pensamiento emancipador. Hay que creer, no obstante, en una eficaz reacción en este punto flaco de nuestro sér moral. Por lo demás, cuántas cosas buenas no tenemos derecho a esperar de este país, privilegiado de la naturaleza, bañado por la onda azul de dos grandes océanos y por la diáfana espuma de innúmeras vertientes, rico en diversidad de minerales, protegido por cinco cadenas de montañas, rodeado de climas que resumen el esplendor de todas las zonas, donde se ostenta desde la atmósfera ardiente y luminosa de las costas, hasta la atmósfera sombría y húmeda y solemne de la selva. ¡Ah sí! La reacción vendrá cuando el flujo de la emigración del capital y de las razas turben hondamente el reposo y la holganza burocráticos; cuando se sienta la savia impetuosa del carácter, vale decir, independencia, dignidad, hombría de bién, dilatarse por todas las fibras del alma nacional y crezca y se agigante «la libertad de los libres» nutrida con la fecundidad del porvenir.

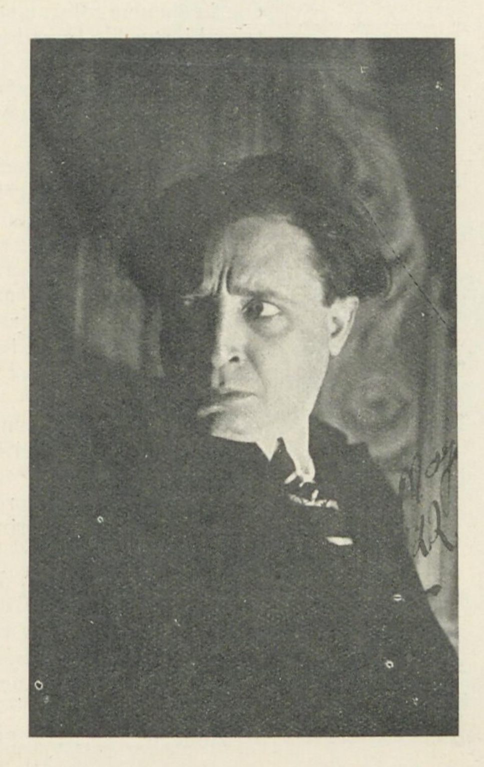
José Manuel Manjarrés.



En el Teatro Municipal ha debutado con grande éxito la encantadora niña prodigio Blanquita Cingoretti, *La Maravillita*. La joven artista, que sólo cuenta doce años de edad, es una completa *estrella* del *couplet*, pues con arte sin igual canta las más variadas tonadillas que están haciendo época en los teatros de España y Buenos Aires. *La Maravillita* sabe dominar la escena y subyuga al auditorio con la ductilidad de su cuerpo y la dulzura de su voz, conoce todos los resortes del teatro y sabe arrancar los aplausos del público por medio de su gracia inimitable.

El teatro colombiano en Buenos Aires.

Ultimo estreno de nuestro dramaturgo Luis Enrique Osorio.—Los proyectos del gran actor argentino Enrique de Rosas.



Enrique de Rosas, en el momento culminante de *La Atroz voluptuosidad*, hace un gesto capaz de asustar a la misma primera actriz, que yace en tierra ahorcada por él bajo la influencia de un espíritu energúmeno.



Es difícil creer que Enrique de Rosas, el tímido galán de *La Atroz voluptuosidad*, se halle metido dentro de este obeso burgués ruso, quien en el reservado número 6 de la guignol *Au-Rat-Mort*, original de André de Lorde y Pierre Chaine, en pleno París galante, muere ahorcado por una voluptuosa mujer de la causa revolucionaria.

La Compañía de Enrique de Rosas y Matilde Rivera, una de las que cuentan con mayores triunfos y más tradición artística en la escena argentina, acaba de estrenar en el Teatro de Mayo la última obra de nuestro corresponsal Luis Enrique Osorio, *Los Celos del Fantasma*, escrita especialmente para ellos.

Se inicia de esta manera una labor muy plausible de acercamiento teatral hispano-americano, en la cual los actores criollos, dado su excepcional talento de asimilación, conquistarán triunfos no conocidos por los que se encierran en las cuatro paredes de su ambiente regional, como sucede en algunos países del viejo mundo. De esta suerte la escena americana, que presenta horizontes insospechados, cuando se solidaricen los distintos movimientos de cada país hispano-parlante, pasará a ser la más rica y pintoresca del mundo, y aun la más productiva.

Enrique de Rosas, el artista y autor que con más buen éxito ha interpretado en Buenos Aires los medios exóticos, inicia con esta obra de Luis Enrique Osorio una labor de popularización del teatro que producen los autores de aquende el ecuador. Al terminar su temporada proyecta salir para México con una compañía que, a más de ser típicamente argentina, le permita montar el repertorio de los otros países hermanos.

De Rosas y la señora Rivera han descollado en Argentina con las interpretaciones del teatro tendencioso, fruto de la gran agitación intelectual que se desarrolla en las repúblicas del Plata. En la comedia festiva han realizado también grandes creaciones, y en su última temporada cultivan con preferencia el género de *grand guignol*, que se considera a la fecha como «su especialidad». Todo Buenos Aires desfila por el Teatro de Mayo, donde triunfan las más selectas obras guiñolescas de autores franceses e italianos. Las de mayor éxito han sido *La puerta se abre* de Francheville, *La Atroz voluptuosidad* de Neveaux y *Au-Rat-Mort* de André de Lorde y Pierre Chaine.

Osorio echó mano a asuntos y personajes del continente, que en verdad ofrece más material ultratrágico que Europa, y escribió, entre otras obras, *Los Celos del Fantasma*, que se desarrolla en un sitio imaginario de las costas tropicales.

El gran actor argentino Enrique de Rosas y su señora la célebre trágica Matilde Rivera, merecen toda nuestra gratitud por la acogida que dispensan al teatro colombiano, y por iniciar con él una labor de intercambio y acercamiento que ha de granjearles las simpatías de todala América española.

Al aplaudir calurosamente su idea, esperamos tener ocasión de hacerlo con mayor entusiasmo cuando en su proyectada gira reciban las ovaciones del público bogotano.



La aplaudida trágica argentina Matilde Rivera, primera figura de la Compañía que actúa en el Teatro de Mayo y creadora de la obra colombiana *Los Celos del Fantasma*.



Enrique de Rosas en plena Avenida de Mayo, riéndose de los estremecimientos causados a sus admiradores en las creaciones de *grand guignol*.

Elegancias.

Acaso el mejor modo de dar una idea de las modas para la noche consista en referirnos a las diversas colecciones presentadas por los grandes establecimientos. Jean Patou, por ejemplo, favorece el crespón Georgette, adornado con cuentas o con bordados finos, de preferencia con las primeras. Luégo usa también la lama (aun cuando considera que un material tan suntuoso es más apropiado para los trajes de noche del invierno), y los encajes finos, que considera más juveniles que los gruesos. En cuanto a colores emplea mucho el blanco, los diversos tonos de color de carey, el amarillo, un malvaciclamino y un azul casi idéntico al de la bandera francesa. Sus adornos favoritos son las cuentas y los ornamentos de *strass*.

Molyneux tiene toda una colección de trajes esbeltos de seda y brocados metálicos, en color de cobre, azul jacinto, amarillo y plata, y negro y oro, los cuales drapea sencillamente con un grupo de alforzas semicirculares que recogen la falda de un lado de la cadera, mientras el extremo del material forma una cola atrás, algo hacia un lado. Por otra parte, en varios modelos combina los encajes más gruesos con el crespón y en una original creación nos muestra un traje con una especie de justillo plateado y una falda sencillamente drapeada de brocado amarillo y plata. Esta casa usa también la cola formada por un largo panel, a veces de un grueso encaje de Venecia, que arranca de en medio de los hombros. Sus modelos de crespón, generalmente blanco, malva, rosa o verde, van sencillamente drapeados. Por otro lado tiene también algunos modelos negros y otros todos cubiertos de cuentas, lo cual resulta de mucho efecto en un traje de noche blanco.

Lelong favorece la combinación de traje y capa para la noche, y tiene especialidad en suntuosos abrigos y salidas de teatro con el cuello enormemente grande. En cuanto a corte, favorece los drapeados, y tiene un modo muy original de disponer los materiales: con el drapeado envuelto alrededor del cuello y cayendo en un largo extremo flotante. La misma casa tiene también trajes sencillamente drapeados de raso de colores subidos y sin ningún adorno, lo cual contrasta con los suntuosos modelos de lama o guarnecidos de cuentas expresamente confeccionados para las ocasiones más ceremoniosas. Los modelos destinados a las jovencitas —y solamente a éstas— tienen la falda ancha.

La casa de Martial et Armand tiene un modelo de tafetán de rayas pálidas con el talle alto, evidentemente introducido con el objeto de sondear el sentimiento a este respecto, pero en general sus creaciones son, o de líneas rectas, o drapeadas. Un traje muy original, de crespón *jersey* color de rosa, lleva la falda circular en el estilo paraguas, cortada en pequeñas secciones triangulares. La misma casa tiene varios modelos transformables. Gracias a esta moda, basta añadirle al traje de raso o de crespón, que en ocasiones simples constituye un traje por sí mismo, un sobretraje de chifón de cuentas, de encaje metálico o de seda. Como que un forro de una clase u otra es absolutamente necesario debajo de un vestido de encaje, vale la pena hacerlo completo en sí mismo y obtener de ese modo un doble traje.



Mme. Jenny usa mucho el raso para sus trajes de noche, creaciones de líneas largas y rectas, con frecuencia enteramente cubiertas de cuentas, de drapeados de tul de diferentes colores o de cintas de terciopelo dispuestos de curiosos modos.

Luégo tiene una serie de trajes blancos con graciosos toques en rojo o color de rosa, y recoge en el talle los modelos drapeados por medio de cuadros de sisas. En general, sus trajes de noche tienen líneas muy rectas y esbeltas.

Los modelos que remito hoy son una sencilla toca de mañana, de tul blanco, y dos sombreros de paja, uno azul marino y el otro gris, adornado con plumas de gallo. El vestido, uno de los últimos modelos de falda larga, es de crespón *georgette* rojo, bordado en blanco.

Mme. Valmore.

París, julio 18 de 1922.

El banquero Moichelé acaba de morir:

Se abre su testamento y aparece la última voluntad del difunto:

«Dejo toda mi fortuna a mis tres hijos Moisés, Abraham e Isaac, con una expresa condición: que cada uno de ellos deposite en mi tumba tres mil francos. Yo quiero llevar esta suma al otro mundo».

El día del entierro, cuando se fue a cerrar la fosa, Moisés se aproximó y dando un profundo suspiro, depositó sobre el cadáver de su padre tres mil francos en oro.

Abraham va después y deja tres billetes de mil francos.

Y Después Isaac se dirige a la tumba, coge los tres mil francos en oro, los tres mil en billetes, y dando un gran suspiro de satisfacción, deposita sobre la tumba un cheque de 9.000 francos.... a la orden del difunto.

Semana financiera.

La nota característica de la semana sigue siendo la extraordinaria baja del marco que ha llegado a cinco centésimos de centavo, es decir, que un dólar oro americano vale hoy en Alemania dos mil marcos.

Esta enorme depreciación del marco no hay que mirarla con indiferencia, pues tiene una importancia extrema en la vida financiera del mundo entero, y es una palpable demostración de los enormes perjuicios que la avalancha del papel moneda tiene para las naciones.

Alemania después del desastre, como es sabido, intentó levantarse y emprendió, con una inusitada actividad, su reorganización industrial y comercial, volviendo a producir mercaderías en mejores condiciones casi, que los demás estados europeos, pues sus grandes fábricas estaban intactas y no tuvieron que luchar apenas con los problemas obreros, que han sido la ruina de muchas industrias en España, Italia y Francia.

Pero estos esfuerzos han sido inútiles para la valorización de su moneda, debido al error cometido por Alemania desde antes de la guerra, de tener un exceso de lo que llaman *moneda blanca*, es decir, de papel moneda, que aunque estaba respaldado por valores tangibles, al desaparecer éstos, por los enormes gastos de la guerra y los primeros contados de la indemnización a los aliados, se quedó esta clase de moneda sumamente despreciada.

Esta dura lección la debemos tener presente aquí en Colombia, donde tánto abuso se ha hecho de las emisiones de papel moneda.

* * *

El cambio de monedas extranjeras sigue sin grandes oscilaciones, notándose sin embargo una sensible baja del dólar, como ya en una de nuestras anteriores crónicas habíamos profetizado.

En los dólares se nota escasez de demanda, a causa de que los compradores esperan mejores condiciones para hacer sus compras.

Al terminar la semana los cambios son los siguientes:

Dólares, 109 y medio.
Libras, 98.
Francos, 43.
Francos suizos, 105.
Liras, 24.
Pesetas, 86.
Marcos, 0.00,11.

Cualquiera de estas monedas por cable, 1 y cuarto a 1 y medio por ciento más sobre el tipo de cheques.

* * *

Continúan llegando a Colombia agentes de las grandes casas bancarias europeas y americanas que vienen a gestionar la inversión de capitales en negocios e industrias de nuestro país.

Desde hace días se encuentra en Bogotá M. Rosenthal, de la firma *Rosenthal Hermanos*, de París.

Esta importante cesa comercial fue la que compró en unión de M. Grumber, al Gobierno Nacional, sus existencias de esmeraldas en Europa.

Como es sabido, el anterior Ministro del Tesoro, doctor Arroyo Díez, hizo un arreglo con la Casa Bauer, Marchal & Co., estableciendo un derecho de preferencia a los señores Rosenthal & Grumderg para la compra de las esmeraldas depositadas en el Banco de Bogotá, que están avaluadas en 120.000 libras esterlinas. Al mismo tiempo que esta negociación, M. Rosenthal va a estudiar la industria de la pesca de perlas en nuestras costas, pues la casa que representa es tal vez la más importante de las que negocian en perlas en Europa.

* * *

Varios bancos canadienses, entre los que se encuentran el The Bank of Montreal, The Canadian Bank of Commerce, y otros, han acordado establecer comunicaciones marítimas directas entre nuestros puertos del litoral atlántico y Montreal.

Esto ha de reportar enormes venjas al comercio colombiano, pues como es sabido el Canadá produce y exporta en grandes cantidades artículos de gran consumo en Colombia, tales como papel de imprenta, hierros, cemento, etc.

Debido a la falta de comunicaciones directas, dichos artículos, como los que de Colombia van a los mercados del Norte, han sido hasta ahora objeto de un activo comercio de tránsito en el puerto de Nueva York, que en adelante será posible continuar

Lo que comemos.

Como resultado de unos trabajos estadísticos sumamente complicados, un cierto doctor en Medicina ha venido a obtener la siguiente conclusión:

Un solo hombre, de edad de setenta años, ha consumido desde su nacimiento más de 20 vagones de alimentos. ¡Un tren completo! Cada vagón tiene 20 toneladas, lo cual hace un total de 80.000 kilos, que dividido por 25.000 días de existencia, da por resultado un consumo medio de cerca de 3 kilos y 200 gramos por día.

Este consumo cotidiano es, como desde luego se comprende, muy variable. Se calcula que llega hasta dos kilos y medio durante la infancia y la ancianidad, para alcanzar a 3 kilos y 500 gramos o cuatro durante la edad madura.

En efecto, el alimento, tanto sólido como líquido, de los marineros y de los soldados, es de cuatro kilos y medio por día, aproximadamente.

con una gran economía de gastos de transbordo y de comisiones a los intermediarios americanos.

* * *

El mercado de café sigue sin grandes oscilaciones.

En Nueva York se cotiza, según los últimos cables, a los siguientes precios:

Cafe Bogotá, escogido, a 17 y un octavo.

Café mediano, a 16.

Café común, a 12 y medio.

Café Medellín, excelso, a 18 y un cuarto.

Cafe Medellín, de primera, a 15 y tres cuartos.

En el mercado de Honda se paga el café pilado a $ 40 y el pergamino a $ 30.

En el de Girardot, el pilado a $ 39.50 y el pergamino a $ 29.

* * *

Los vales de Tesorería se compran al 80 y las órdenes de pago al 86.

Las libranzas del Municipio de Bogotá siguen en alza pagándose al 95 y medio.

Para pensar un rato.

—¿En qué se parece un pájaro a la hora en que yo como?

—En que el pájaro tiene dos alas y yo como a las dos.

—*El callista*—¡Pero señor! usted que pasea siempre en automóvil, ¿cómo tiene tántos callos en los pies?

—*El nuevo rico*—Es que toco la pianola.

* * *

—¿A que no sabes el parecido entre un elefante y una cama?

—¿-?

—Pues en que el elefante es un paquidermo y la cama es *paqui-duermas.*

LIBRERIA COLOMBIANA

CAMACHO ROLDAN & TAMAYO.—Bogotá, calle 12, N.os 168 a 174.

Telegramas: SALVADOR.—Apartado 199.

Despachamos a vuelta de correo todo pedido que venga acompañado de su valor más los portes de correo. Pidiendo varios libros a un tiempo, disminuye el valor de los portes. Los envíos se hacen bajo Recomendado.

Tratados sobre educación

El estudio del niño. Breve tratado de psicología, por Taylor. Un volumen, tela, $ 2.40; por correo, $ 2.65.

Conferencias sobre enseñanza dadas en Cambridge, por J. Q. Fitch. Un volumen, tela, $ 2.40; por correo, $ 2.70.

Psicología pedagógica, por Sully. Un volumen, tela, $ 2.40; por correo, $ 2.70.

Métodos de instrucción, por Wickesham. Un volumen, tela, $ 2.40; por correo, $ 2.70.

Principios y práctica de la enseñanza, por Johannot. Un volumen, tela, $ 2.40; por correo, $ 2.70.

La educación intelectual, moral y física, por Herbert Spencer. Un volumen, tela, $ 2; por correo, $ 2.30.

La enseñanza elemental, sus principios y su práctica por Currie. Un volumen, tela, $ 2.40; por correo, $ 2.70.

Dirección de las escuelas, por Baldwin. Un volumen, tela, $ 2.40; por correo, $ 2.70.

La educación del hombre, por Froebel. Un volumen, tela, $ 2.40; por correo, $ 2.70.

Antropología pedagógica, por María Montessori. Un volumen, tela, $ 6.50; por correo, $ 7.

La autoeducación en la Escuela elemental. Pedagogía científica, por María Montessori. Un volumen, tela, $ 5.40; por correo, $ 6.

Manual del método Montessori. Un volumen, tela, ilustrado, $ 1.50; por correo, $ 1.80.

La educación intelectual, por el P. Ramón Ruiz Amado. Dos tomos en un solo volumen, pasta, $ 4.

El niño y su naturaleza. Exposición de las doctrinas de Froebel sobre enseñanza, por Marenholtz Bülow. Un volumen, tela, $ 2.40; por correo, $ 2.70.

Historia de la educación y la pedagogía, por el P. Ruiz Amado. Un volumen, pasta, $ 2; por correo, $ 2.30.

Manual de pedagogía o exposición de los principios fundamentales de la educación y de los métodos de enseñanza, por el P. Carlos Lasalde. Un volumen, pasta, $ 2; por correo, $ 2.35.

Manual de pedagogía, por Bruño. Un tomo, tela, $ 1.50; por correo, $ 1.80.

Historia de la pedagogía, por Compayré. Un volumen, tela, $ 1.50; por correo $ 1.80.

Tratado teórico-práctico de metodología, por Achille. Un volumen, tela, $ 1.80; por correo, $ 2.15.

Nuevo manual de enseñanza objetiva basado en el del profesor Calkins. Un volumen, tela, $ 2.40; por correo, $ 2.70.

Economía e higiene doméstica de Appleton. Un volumen, tela, $ 2.40; por correo, $ 2.70.

La educación religiosa, por el Padre Ruiz Amado. Un volumen, tela, $ 2; por correo, $ 2.30.

La enseñanza de las ciencias físico-químicas y naturales, por Lozano. Un volumen, tela. $ 1; por correo, $ 1.25.

Pedagogía para escuelas y colegios, por Mercedes Aragón. Un volumen, $ 0.50; por correo, $ 0.75.

Pedagogía doméstica, educación de los hijos; dirección del hogar, por Martín Restrepo Mejía. Un volumen, pasta, $ 0.80; por correo, $ 1.05.

Elementos de Pedagogía fundamental, curso extenso, por Luis y Martín Restrepo Mejía. Dos tomos, en un solo volumen, rústica, $ 1.50; por correo, $ 1.85.

Metodología o principios fundamentales de la enseñanza, por Antonio R. Espinosa. Un volumen, rústica, $ 0.50; por correo, $ 0.70.

Apuntaciones sobre Instrucción Pública, por Diego Mendoza, Un volumen, rústica, $ 1.50; por correo, $ 1.80.

El trabajo manual, método racional y práctico, por Miguel de Toro y Gómez. Un tomo, tela, con grabados, $ 1; por correo, $ 1.25.

El arte en la escuela. Un tomo, rústica, ilustrado, $ 0.60; por correo, $ 0.80.

La edad heroica, por Luis de Zulueta. Conferencias a los estudiantes. Un volumen, rústica, $ 0.70; por correo, $ 0.90.

La educación física del niño, por Spitzy. Un volumen, tela, $ 5; por correo, $ 5.30.

Lectura de versos y manuscritos. Un volumen, pasta, $ 0.50; por correo, $ 0.70.

Lecciones de cosas:

Enciclopedia para niños. Nociones de Doctrina, Historia Sagrada, Gramática Castellana, Aritmética, Geometría, Historia Universal, Historia de España, Higiene, Economía doméstica, Trabajo Manual, Urbanidad y Cortesía, Física, Química, Botánica, Zoología, Agricultura, Industria y Comercio, Ideas de Derecho, etc. Un tomo de 558 páginas, en pasta, con más de 1.500 grabados, $ 1; por correo, $ 1.25.

Lecciones de cosas, por C. B. Nualart. Obra graduada, en tres tomos diferentes que contienen nociones científicas, proporcionalmente ampliadas, esmeradamente impresos, con nítidos grabados. Tomo I, tela, $ 1.20; tomo II, tela, $ 1.40; tomo III, tela, $ 1.60; por correo, $ 0.30 más, para cada uno.

Lecciones de cosas, con 650 grabados, por Colomb. Un tomo, pasta, $ 0.60; por correo, $ 0.90.

La Moral en ejemplos históricos, por García Purón: libro de anécdotas y biografías. Un tomo, pasta, ilustrado, $ 0.80; por correo, $ 1.05.

Nociones de fisiología e higiene, por Conn. Un volumen, pasta, ilustrado, $ 0.70; por correo, $ 0.95.

El cuerpo humano y la salud, por Blaisdele. Un tomo, tela, $ 1; por correo $ 1.25.

Los niños anormales y su tratamiento educativo en la casa y en la escuela, por Demoor. Un volumen, pasta española, $ 2.50; por correo, $ 2.80.

Metodología general y aplicada, por Celestino Barreto Alvarez. Un tomo, tela, $ 2; por correo, $ 2.40.

Educación verdadera, por Paul Gaulthier. Un tomo, rústica, $ 0.50; por correo, $ 0.70.

Nociones de pedagogía cristiana y guía para la *enseñanza del catecismo,* por J. F. Otero Durán. Segunda edición. Un tomo, pasta, $ 0.60.

Instrucción cívica, para escuelas y colegios, por Posada, Otero Herrera y Roberto Cortázar. Un volumen, $ 0.60.

L'education domestique des jeunes filles, ou la formation des méres, por Louis Frank. Un volumen, rústica, $ 4.50.

Reglas y consejos sobre investigación científica. Los tónicos de la voluntad, por Santiago Ramón y Cajal. Un volumen, pasta española, $ 3; por correo, $ 3.25.

Libros de láminas para niños, de Staub. Colección de cinco volúmenes, que se venden por separado al precio de $ 1.20 cada uno. Constituyen el curso más elemental de lecciones de cosas. Ilustraciones en colores.

Obras de autoeducación.

Cartas completas de Lord Chesterfield a su hijo Felipe Stanhope. Dos volúmenes, tela, $ 4.80; por correo, $ 5.30.

Actitud victoriosa, por Orison Switt Marden. Un volumen, tela, $ 1.70; por correo, $ 1.95.

La obra maestra de la vida, por Marden. Un volumen, tela, 1.70; por correo, $ 1.95.

El secreto del éxito, por Marden. Un volumen, tela, $ 1.70; por correo, $ 1.95.

Querer es poder, por Marden. Un volumen, tela, $ 1.70; por correo, $ 1.95.

Paz, poder y abundancia, por Marden. Un volumen, tela, $ 1.70; por correo $ 1.95.

La mujer y el hogar, por Marden. Un volumen, tela, $ 1.70; por correo, $ 1.95.

El crimen del silencio, por Marden. Un volumen, tela, $ 1.70; por correo, $ 1.95.

Siempre adelante! por Marden. Un volumen, tela, $ 170; por correo, $ 1.95.

El secreto del éxito, por Marden. Un volumen, tela, $ 1.70; por correo, $ 1.95.

Defiénde tus energías, por Marden. Un volumen, tela, $ 1.70; por correo, $ 1.95.

Abrirse paso, por Marden. Un volumen, tela, $ 1.70; por correo, $ 1.95.

El poder del pensamiento, por Marden. Un volumen, tela, $ 1.70; por correo, $ 1.95.

La vida optimista, por Marden. Un volumen, tela, $ 1.70; por correo, $ 1.95.

La alegría del vivir, por Marden. Un volumen, tela, $ 1.70; por carreo, $ 1.95.

El trabajo mental, por Atkinson. Un volumen, tela, $ 1.60; por correo, $ 1.85.

Las leyes del pensamiento, por Atkinson. Un volumen, tela, $ 1.60; por correo, $ 1.85.

Las leyes del raciocinio, por Atkinson. Un volumen, tela, $ 1.60; por correo, $ 1.85.

Cómo se llega a millonario, por Climent Terrer. Un volumen, tela, que contiene biografías de financistas, comerciantes e inventores, $ 1.50; por correo, $ 1.80.

Tesoro de la juventud.

Hemos recibido nueva remesa de esta completa Enciclopedia ilustrada para niños, que responde con claridad y datos numerosos, científicos y modernos, a toda *pregunta que sea capaz de hacer un niño.* Es un compendio del saber humano, puesto en forma agradable y con bellas ilustraciones, al alcance de las inteligencias infantiles. Puede servir lo mismo a un niño que al hombre más instruido. Veinte grandes tomos, ilustrados, en pasta de tela, $ 75.

Un gran actor de cine.

BIOGRAFÍA DE MILTON SILL

Este notable actor de cinematógrafo nació, como tántos otros intérpretes del *film*, en la ciudad norteamericana de Chicago, en donde pasó su infancia y juventud primera, educándose en su famosa universidad. Al concluir sus estudios, Milton Sills se dirigió a Nueva York con la intención de dedicarse a la profesión del teatro. Sills no tardó en conquistarse un nombre en el teatro y en los ocho años que precedieron a su llegada a Nueva York, trabajó en las compañías de los famosos empresarios Belasco Shubert, Brady y Frohman.

Al retirarse del teatro hablado, Milton Sills entró a formar parte del *elenco* artístico de la empresa Goldwyn, y al separarse de ella, lo hizo para ingresar en la compañía permanente de actores de la Paramount. Milton Sills ha tomado parte en varias películas importantes de esta empresa, entre las que recordamos *Behold My Wife, The Faith Healer, The Great Moment, The Woman Who Walked Alone, Miss Lutú Bett, At the End of the World, Berderland* y *Burning Sands.*

Mr. Sills es casado y padre de una hija de unos once años de edad. Sills mide seis pies de estatura y pesa ciento ochenta libras; tiene el pelo rubio y los ojos pardos.

Mi peor empleo y cómo me las arreglé para conseguir uno mejor.

El peor empleo que he tenido en mi vida fue el de vendedor de tamales en la pequeña población de Klamath Falls, en el estado de Oregon. Y cuidadito que los he tenido malos en mi vida, especialmente cuando andaba por estos mundos de Dios con compañías de la legua. Recuerdo que en una ocasión (seguramente la centésima) el empresario de nuestra compañía se escapó del pueblo con el dinero de las entradas, dejándonos a los pobres artistas sin un centavo en los bolsillos. En un banco de ahorros de San Francisco de California tenía unos pesos guardados, de los cuales podía disponer inmediatamente; pero ¿cómo pedir el dinero al banco sin un centavo para el telegrama? Dispuesto a resolver la incógnita, me decidí a meterme el orgullo en el bolsillo, ya que no podía hacerlo con el dinero porque no lo tenía, y me ofrecí a un vendedor de tamales, que despachaba su mercancía en una esquina, para abrir una *sucursal* en cualquier otra esquina de la ciudad, que es generalmente donde hacen sus operaciones de *toma y daca* esta clase de establecimientos ambulantes. Cuando hube conseguido el dinero necesario para el telegrama, presenté la renuncia a mi amo y a las pocas horas me constituia en Mecenas de mi propia compañía, pues no era lógico ni humano que dejase morir de hambre en aquel pueblo impío a mis pobres compañeros.

¡Ah, si hubiese tenido al alcance de sus dientes al empresario ingrato con el hambre atrasada que llevaban!

RAYMOND HATTON.

El Arco de triunfo de la Vía Sacra.

En el camino de Bar-le-Duc a Verdum, por donde constantemente pasaban tropas para salvar a la ciudad, se trata de construir un arco de triunfo.

Este camino, que los alemanes bautizaron con el nombre de *Vía Infernal*, los franceses le llaman *Vía Sacra* y en ella es en donde un comité especial piensa construir un arco monumental para inmortalizar el camino del sufrimiento, de la muerte y de la victoria.

Una comisión de estética presidida por el escultor Julio Desbois ha aprobado unánimemente el proyecto concebido por dos artistas, antiguos combatientes, Máximo Roisin, arquitecto, y el escultor Moreau-Vauthier.

El arco de triunfo de la Vía Sacra tendrá aproximadamenie 16 metros de alto y será de mármol rojo.

Una de las originalidades de este monumento será su bóveda, baja y pesada del lado de Ber-le-Duc y alta y esbelta del lado de Verdum. Un friso en bajo relieve adorna los contornos y presenta en la masa arquitectónica escenas simbólicas de la terrible epopeya. Los soldados avanzan a pie y con cañones bajo una lluvia de metralla, encorvados, tropezando con cadáveres, cayendo bajo el plomo.

Por el lado de Verdum, se ven las banderas desplegadas, las bandas de cornetas en la apoteosis de la victoria.

La fachada del lado de Bar-le-Duc lleva dos estatuas, talladas en lo alto: la Francia armada a la izquierda y la Muerte, escultura inspirada en una de las obras maestras de Ligier-Richier, llamada *El Esqueleto* que se conserva en la iglesia de los duques de Bar.

En el frontis, tallado en la piedra se lee: «A los combatientes del derecho; a los héroes caídos por la libertad del Universo».

Del lado de Verdum y por encima de los soldados aparecen los escudos de los aliados y dominándolo todo está en relieve un labrador conduciendo un arado, símbolo de la paz.

En una de las fachadas laterales irán inscritos los números de todos los regimientos y unidades que combatieron delante de Verdum.

Un autógrafo real

Los aficionados a coleccionar autógrafos tienen en mucha estima los de la reina Victoria, abuela del actual soberano de la Gran Bretaña, porque eran escasos los que podian adquirir.

Hé aquí la curiosa historia de uno de ellos: Habiendo recibido la reina los informes del preceptor de uno de sus nietos, en los que resultaba que el discípulo se había descuidado en sus estudios y había obtenido muy medianas notas en Historia, le escribió una esquela al niño diciéndole que en vista de su desaplicación le privaba de la libra esterlina que le enviaba todos los domingos para sus pequeñas gastos.

Puede calcularse la poquisima gracia que al príncipe le hizo la noticia que le dejaba sin su libra esterlina aquella semana, pero al punto le ocurrió una idea para procurarse fondos, y fue la de vender aquella misma carta en que se le negaban.

El autógrafo de la reina Victoria en seguida encontró comprador, que dio por él cuatro libras esterlinas, con las que el precoz negociante cuadruplicó su renta de aquello semana.

Aunque la cosa era ingeniosa, a la reina cuando lo supo le pareció muy mal, naturalmente, y el aprovechado joven tuvo que sufrir un severo y justo regaño.

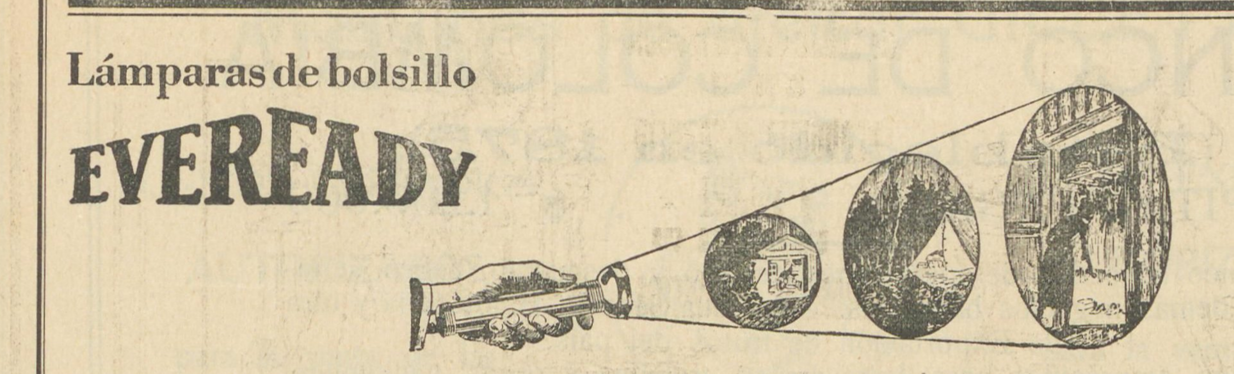
* * *

Oiga, doctor; ¿puede ser perjudicial teñirse el pelo?

—¡Ya lo creo!—Tengo un amigo que a los dos años de teñirselo se casó.

Lámparas de bolsillo

EVEREADY



La luz de múltiples aplicaciones

La lámpara de bolsillo Eveready es sumamente útil en muchas aplicaciones. Tanto dentro y fuera del hogar, como en el garage y, en general, dondequiera que haya oscuridad, las lámparas de bolsillo Eveready son imprescindiblemente necesarias. Alumbran con certeza. Proporcionan a Ud. luz abundante para el trabajo; le ayudan a hallar lo que anda buscando. Por la brillantez de su luz y por la larga duración de su servicio, se han hecho famosas en el mundo entero.

Por su parte, las baterías Eveready no solo ajustan en el estuche de cualquiera marca de lámpara de bolsillo, sino que por su gran potencia y larga duración son también superiores a las corrientes en el mercado.

Cuando necesite una lámpara de bolsillo Eveready, pase por el establecimiento de su abastecedor, con la confianza de que en el amplio surtido que él tiene, ha de hallar Ud. el tipo exacto que quiere. Siempre fíjese que lleve la marca "Eveready."

F3122S

AMERICAN EVEREADY WORKS :: 30 East 42d Street :: NEW YORK, N. Y., E. U. A.

Fabricamos también acumuladores, baterías de pilas secas y medidores eléctricos "Eveready"

¿Quiere usted ganar dinero?

Escriba ahora mismo a JUAN DE DIOS OGLIASTRI G.

a Cali o Buga, y en valor declarado remítale dos pesos cincuenta centavos ($ 2.50) para que Ogliastri G. le envíe a usted, en carta recomendada, un billete de la Lotería del Municipio de Buga, para el próximo sorteo extraordinario del 12 de octubre del presente año, en el que habrá un primer premio mayor de $ 5.000, 3 de a $ 1.000 cada uno y 1.023 premios menores.

Un billete sirve para los 4 sorteos, lo cual da la probabilidad de ganar $ 8.000. Así, con un billete, o aunque sea con un quinto, puede usted ganar una cantidad de dinero no despreciable en esta crisis. Quien no arriesga no pasa el mar. Es necesario poner los medios para que nos favorezca la FORTUNA, la cual exige constancia. ¿Cómo sabe usted si este aviso es una llamada que si la atiende puede visitarlo?

El Municipio de Buga garantiza su Lotería con todas las propiedades y las rentas de que disfruta. El producto es para la beneficencia y obras públicas.

El Administrador,

Juan de Dios Ogliastri G.



BANCO DE COLOMBIA

(Establecido en 1875).

CAPITAL PAGADO. . . . . $ 1.200.000

El Banco se ocupa de operaciones de giro y descuento, cobro de letras y demás negocios bancarios. Tiene una Sección Hipotecaria y otra de Exportación de frutos del país.

Gestiona empréstitos para ferrocarriles, tranvías y obras nacionales, departamentales y municipales.

INTERESES

Por depósitos a término fijo:

A tres meses.	4 por 100 anual.
A seis meses.	5 por 100 anual.
A nueve meses.	6 por 100 anual.
A doce meses.	7 por 100 anual.
Avances sobre frutos.	10 por 100 anual.

Balance en 30 de junio de 1922

ACTIVO

Caja.	$ 772.726 96	
Corresponsales en el Exterior. . . .	510.177 94	$ 1.282.904 90
Créditos flotantes		1.422.781 29
Obligaciones por cobrar.		1.395.168 55
Créditos hipotecarios.		965.960 62
Exportación.		99.253 13
Bienes raíces.		617.453 55
Valores diversos.		265.897 67
Cuentas diversas.		763.023 14
Letras por cobrar.		1.802.817 10
Muebles.		20.020 32
		$ 8.635.280 27

PASIVO

Capital.	$ 1.200.000 00
Fondo de reserva.	30.000 00
Fondo de previsión.	24.284 73
Cuentas corrientes.	1.896.021 77
Depósitos a la orden.	347.160 99
Depósitos a término.	2.273.163 20
Cédulas hipotecarias.	690.100 00
Cuentas diversas.	188.497 47
Acreedores por letras al cobro.	1.802.817 10
Premio de letras.	70.000 00
Ganancias y pérdidas.	113.235 01
	$ 8.635.280 27

El Director Gerente, **ERNESTO MICHELSEN**

El Secretario, LIBORIO MALDONADO C.

El Revisor, GUILLERMO MARTINEZ M.

Los tipos de intereses sobre los Depósitos a Término publicados desde este número, han regido desde el 1.° de mayo de 1922; y por error se han publicado otras ratas en los números anteriores.